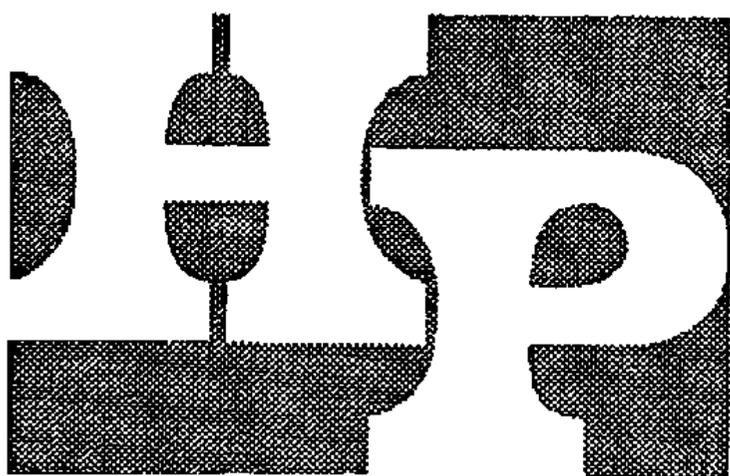


BOLSILIBROS
BRUGUERA
**SORTEO DEL
MILLON**
HEROES DE
LA PRADERA

Keith Luger

ASTUTO COMO CAIMAN





Héroes
de la
PRADERA



Keith Luger

ASTUTO COMO CAIMÁN

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 194
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito B 28184-1973

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: septiembre, 1973

© FRANCISCO BRUGUERA – 1973

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

La fragata *New México* atracó en el muelle de maderas podridas y cabeceó como si tuviera prisa por alejarse de aquel lugar.

El capitán Morgan hizo una mueca después de desparramar la mirada por los alrededores.

Volvió la cabeza a medias y voceó hacia los camarotes:

—¡Eh, Madox! Mire esto y échese a llorar.

La puerta de cubierta se abrió, enmarcando a un hombre de unos veintinueve años, moreno, de elevada talla y cuerpo atlético.

Iba a salir, pero se quedó paralizado.

—Oiga, capi, ¿está seguro de que esto es Florida?

—Seguro, Madox. Este puerto figura en el mapa como Tarpon Spring. Ya sé que me va a decir que no se ve ni un alma y que esto es sólo un descampado. Pero fue usted el que me pidió que le trajera de Texas aquí con sus doce bueyes.

—Once —corrigió Madox—. Anoche tiramos uno por la borda porque la tormenta lo acabó de matar.

—Y dé gracias al cielo de que soy yo, John Morgan, el que capitanea este barco. Le dije que yo era el único hombre que podía traerlo desde Texas con los bueyes. Otro tipo lo habría traído acá con dos o tres cornilargos supervivientes. O tal vez sin cornilargos.

Madox esbozó una sonrisa.

—Nadie se queja, capitán.

—Oiga, ¿de veras le encargaron que trajera estos animales a Florida?

—Sí, capitán.

—¿Y se los pagaron antes de emprender el viaje, Madox?

—Ajá, capitán. Recibí una oferta de un tipo llamado Lee Graves que vive en estos andurriales.

—Repítame la historia otra vez porque no me la acabo de creer.

Madox respiró pensativo.

—El hombre llamado Lee Graves debió enterarse de que en River City tenemos los mejores sementales del país. Conque escribió y pidió presupuesto por diez animales.

—Y usted le escribió a vuelta de correo. ¿No fue así, Madox?

—Y como respuesta a mi carta, me envió un cheque contra el Banco Ganadero de River City. Un cheque por dos mil dólares.

—Seguro que a usted estuvo a punto de pasarle algo a causa de la impresión.

—Diga mejor a causa de la carrera que di hasta el Banco, para convertir el cheque en dinero contante y sonante, capitán.

El capitán se echó a reír a sacudidas.

—Es la historia más fantástica que oí en lo que llevo de marino, que ya son treinta años. Y no quiera saber la de cosas extrañas que se oyen por esos mundos.

—Sí, capitán. También yo me quedo de muestra en todo este asunto. Pero luego me informaron de que en Florida también hay ranchos. Las reses se dan bien, a causa de la abundancia de pastos. Lo que necesitan son razas depuradas. Conque ya parece todo más lógico si piden los sementales a Texas. ¿No cree, capitán?

—Sí. Tal como usted lo pinta...

—Con los dos mil dólares ha habido suficiente para pagarme el viaje, comprar las reses mejores de Texas, y además incluir un par de exceso por si se morían por el camino. La de anoche me dio la razón. Hice bien en traer dos de sobra.

—Hizo muy bien, hijo. Lo que hizo mal es venir usted solo.

—Los bueyes me obedecen sólo con pestañear.

El capitán sacudió la cabeza.

—No me refiero a eso, Madox.

—Pues tendrá que explicarse, capi.

—Nadie se arriesga por estas tierras con once bueyes a cuestas. ¿Comprende?

—Ve algo de luz. Pero aún no entiendo bien.

El capitán arrugó las facciones.

—Puede ocurrir que le salgan tipos al paso, le roben las reses y además, lo tiren a usted a uno de tantos charcos que hay por estas tierras.

—Ya he prevenido esa contingencia, capi.

—¿Ah, sí?

Madox se palmeó el «Colt» que le colgaba en el flanco derecho.

—Aquí tengo la medicina.

—Yo no tendría tanta seguridad...

—En este mundo he tenido mi confianza puesta en tres grandes cosas.

—¿Sí?

—Mi padre, una pelirroja y el «Colt».

El capitán se quedó de muestra.

Como no decía nada, Madox prosiguió:

—Mi padre falleció cuando yo tenía diez años y lo taché de la lista. La pelirroja se me fugó con los últimos doscientos dólares. Conque el «Colt» ha sido lo único que ha continuado fiel a la casa. Siempre que le doy al gatillo me responde como un ángel. Hace su agujero.

El capitán chascó la lengua.

—Lo malo es que este lugar es demasiado salvaje para un hombre solo.

—Tal vez, capi.

—Aquí encontrará una Naturaleza desatada. Lo mismo se puede ver cercado de indios seminolas, que de repente puede verse hundido hasta el cuello en las arenas movedizas. Y no le digo nada de los animalejos peligrosos, empezando por las arañas de los pantanos y acabando por los cocodrilos.

—¿Cocodrilos, capi?

—Una especie muy abundante llamada «alligator», que tienen los dientes como sierras.

—¡Hola!

—Sí, Madox. Pero el mayor peligro es la gentuza que pulula por estas tierras. Forajidos, proscritos y compañía, le van a salir debajo de los pies, si no se da prisa en llegar a su destino.

—Bonito cuadro me está pintando, capi.

—Se lo advertí, Madox. Pero uno no empieza a creérselo hasta que ve estos andurriales. Un par de barcos han sido desvalijados y hundidos por estas costas en un mes. Por esa razón no me voy a detener mucho aquí, sintiéndolo en el alma.

—Bueno, capi. Pues ordene que larguen la rampa y yo empezaré

a empujar las reses abajo.

—Muy bien dicho. —El capitán se volvió y voceó roncamente—: ¡Vamos, hatajo de vagos! ¡Empiecen a ganarse la comida! ¡Rampa!

Por una esquina de estribor aparecieron cuatro marinos malcarados.

El más alto, un pelirrojo de rostro torcido, lanzó un salivazo por el sesgo de la boca y dijo:

—Nosotros no bajaremos al puerto, capitán. Conque díglele al tipo que se baje él solito la rampa.

El capitán hizo un gesto de fiero asombro.

—¿Cómo?

El pelirrojo agregó con mucho descaro:

—Y además, no debimos permitir atracar en este puerto, capitán. ¿No se enteró de lo que le ocurrió al *Atlas* la semana pasada?

—¡Maldita sea...! ¡Dije que largaran la rampa! ¡Y empiecen a hacerlo de una vez o...!

—No se suba a la parra, capitán —interrumpió el pelirrojo—. Los chicos han decidido que no pondrán los pies ahí abajo. Conque lo mejor será que ordene hacernos a la mar y desembarcaremos las reses en otro puerto menos desierto.

El capitán se aproximó al grupo.

—¡Vaya, vaya, vaya...! ¡De modo que Luke nos salió respondón!

—Sí, señor —cabeceó el pelirrojo—. No me callo nada cuando está en juego mi piel. Conque no haga cuenta de que plantemos la rampa para bajar esas reses. Que las baje el héroe de Texas. Para eso son suyas.

—¿Te das cuenta de que a esto se llama amotinamiento?

—Usted dele el nombre que más le guste, capitán. Pero el hijo de mi madre no se expone a una flecha envenenada o al picotazo de una tarántula. Costé mucho de criar a mi madre, pues me dio por no querer el pecho y no sabe lo que sudaron mis padres para hacerme engullir papillas de maíz y leche de cabra.

El capitán se quedó boquiabierto.

En eso torció la cara y rugió:

—¡Luke! ¡Tú y los demás... bajen antes de que me enfade!

El pelirrojo Luke sacó la lengua y por toda respuesta, emitió un petardeo burlesco.

El capitán tragó aire con fuerza y embistió a los cuatro marinos de una sola vez.

El pelirrojo trató de detener al capitán con un directo a la boca.

Pero el lobo de mar recibió el golpe como si le hubiera picado una mosca y atrapó al pelirrojo con los brazos formando tenaza.

—¡Me rompe las costillas...! —aulló el pelirrojo, pidiendo auxilio a sus compinches.

Y los tres seguidores del pelirrojo trataron de atacar al capitán por la espalda.

Entonces, el viajero Madox se vio en la precisión de intervenir.

Agarró al más liviano, lo dejó tieso de un mazazo en la quijada, y antes de que se fuera al suelo lo atrapó por la cintura.

Y seguidamente lo lanzó como un obús.

No estalló, pero hizo este efecto, al golpear con los dos compinches que atacaban al capitán por retaguardia.

Los dos fueron arrancados de las espaldas del capitán y juntamente con el del peso liviano salieron en dirección al sollado de proa, por donde desaparecieron, produciendo gran estrépito en la carga de bidones metálicos.

El capitán acabó de darle masaje al pelirrojo y cuando éste quedó libre, maulló débilmente como un gato pequeño y se desplomó.

El capitán lo enderezó un poco, le pegó una patada en las posaderas y lo envió con los otros tres.

Se volvió hacia Madox y resolló:

—Habría sido mejor para ellos bajar la rampa aunque les hubiera picado una araña, ¿verdad, Madox?

Don Madox sonrió.

—Les ha ido mucho peor.

—Ahora habrá muchos voluntarios para bajar la rampa. Ya verá, ya. —El capitán se volvió y rugió—: ¡Estoy esperando que alguien baje la rampa y ya se les termina el tiempo, muchachos!

Por todas partes comenzaron a brotar marinos, evidentemente impresionados por lo que acababan de ver.

En cosa de minutos abrieron hueco en estribor, sacaron la rampa, y cuatro arriba y cuatro abajo, dejaron la rampa lista para que descendiesen los bueyes.

Luego, un renacuajo de cara chupada llegó hasta donde se

encontraba Madox y el capitán, y tras una reverencia, dijo:

—La rampa está servida, caballero.

El capitán guiño un ojo a Don Madox.

—¿Qué le dije, Madox?

—Aprovecharé el ritmo de la faena para bajar rápidamente las reses.

Y dicho esto, Madox desapareció por el sollado de popa.

Se le oyó trastear un rato y poco después, por el hueco, apareció el primer buey empujado por Madox.

El animal se hizo el remolón y mugió atemorizado.

Pero las fuerzas de Madox se equilibraban a las suyas y tuvo que bajar quieras o no.

Los demás bueyes fueron puestos en el puerto en cosa de minutos.

Madox trepó por la rampa y como el capitán le esperaba al otro extremo, le tendió una mano, y con la otra agarró las riendas de un caballo.

—Gracias por todo, capitán Morgan.

Morgan sonrió de oreja a oreja.

—Ha sido un placer viajar con usted, muchacho. Sólo me resta desearle buena suerte.

—Gracias.

—Ojalá sepa algún día que salió vivo de esta aventura.

—¡Ya se lo haré saber! —rió Don Madox, bajando la rampa seguido del caballo.

Como el animal ya estaba ensillado, Don Madox montó de un salto y arreó las reses, lanzando al aire un silbido.

También el *New México* emitió un pitido y empezó a separarse del muelle de madera a toda marcha.

El capitán acabó de vocear a los marinos, y luego volvió el rostro hacia el muelle y se despidió de Don Madox agitando la mano al aire.

Don también movió el brazo y sonrió al capitán.

Se puso en marcha con los once bueyes tierra adentro.

Entonces tres pares de ojos que desde hacía rato lo vigilaban por detrás del tronco caído de una palmera, lo siguieron ahora con hipnótica fijeza.

Don Madox no se dio cuenta.

Pero el caballo relinchó.

CAPÍTULO II

Don encauzó los bueyes por lo que evidentemente era un camino al interior de la península.

Y como los animales marchaban solos en perfecta formación, Don extrajo un mapa del bolsillo y mientras cabalgaba, se puso a estudiarlo.

El mapa le había sido enviado por su cliente en compañía de la última carta donde le anunciaba el envío del cheque, ya cobrado.

El punto número Uno de su camino era el puerto que acababa de abandonar. El mapa trazaba una línea quebrada, a través de unos garabatos que el cliente había rotulado con el nombre de «maleza», también había pintado una especie de cercos que titulaba «pantanos». Naturalmente el camino sorteaba estos obstáculos.

Don se aseguró de que seguía el camino correcto y consultó el mapa, cuyo trazo que señalaba el itinerario terminaba en un recuadro con el título de «Rancho Everglade». El rancho de Lee Graves, el cliente. Una nota al pie del mapa decía con letra irregular: «Siga la raya ondulada y no tendrá pérdida: Lee Graves».

Don gruñó aprobatoriamente porque todo estaba muy claro y bien indicado en el mapa.

Sonó un disparo.

La bala aulló.

Y arrancó el papel de manos de Don.

Antes de que el papel tocara el suelo, ya Don saltaba por el aire.

Fue un acierto porque un segundo disparo retumbó en las tierras pantanosas y el proyectil rozó la silla del caballo, ahora vacía.

Don rodó y se colocó estratégicamente detrás de un tronco caído.

También lo hizo muy a tiempo porque el tercer plomo de la serie

llegó con un largo lamento y arrancó un pellejo del tronco.

Los bueyes tuvieron un conato de estampida.

Pero Don lanzó una piedra que pegó en el cuerno derecho del buey más viejo y el impacto lo hizo clavarse en el sitio, tranquilizando a sus compañeros.

Don asomó el «Colt» por entre dos escamas de la palmera que lo ocultaba y puso en camino una bala.

Como eco del silbido del proyectil se escuchó un lamento humano que puso los pelos de punta.

Don sonrió al «Colt», y a continuación entrecerró los ojos en busca de otro enemigo.

No tuvo que inspeccionar mucho porque de repente vio que entre un muro de extrañas hojas carnosas, salió una llamarada.

Don apretó el gatillo en la misma fracción de segundo y sonó otro aullido espeluznante.

Luego esperó pacientemente, pero nadie dio señales de vida.

Por las dudas, recargó el «Colt» y con la doble acción de las manos envió una ráfaga en forma de abanico hacia los matorrales.

Sólo salieron raros pájaros por todas partes, disparados hacia el cielo, entre un coro de agudos chillidos.

Don salió de detrás de la palmera y se dirigió al caballo, al que palmeó en el cuello para tranquilizarlo. Volvió a recargar el arma.

A continuación, siguió la misma trayectoria que habían trazado sus balas y observó entre la maleza.

Primero encontró un cuerpo humano, muy deteriorado el rostro por la bala del cuarenta y cinco.

Luego vio al otro tipo más allá.

Tenía un buen agujero en el pecho, y como la sangre le escapaba a borbotones, murió antes de que Don pudiera interrogarlo.

Don también observó la maleza aplastada por la parte de atrás, como si un tercer tipo hubiera huido precipitadamente.

Don lanzó una ojeada abarcando a los dos muertos, sacudió la cabeza pesarosamente, y acto seguido regresó a su caballo.

Espoleó al animal y lanzó la voz de «¡adelante!» a los bueyes, los cuales obedecieron de acuerdo con la pureza de su raza.

Don pensó que la bienvenida que le acababan de dar era como para desilusionar al más pintado.

Pero la verdad era que un tipo llamado Lee Graves le había

enviado dos mil dólares a una distancia de ochocientas millas. El tal Graves había confiado en él, Madox, y Don Madox no iba a defraudarle.

Le llevaría las reses al mismo infierno. Era lo que se debía hacer con alguien que había puesto la fe en uno.

Lo que estaba tan claro como el agua era que el vaticinio del viejo lobo de mar, Morgan, había resultado exacto. Aquella tierra tenía un aspecto inquietante para el hombre acostumbrado a las secas llanuras de Texas. También era cierto que tipos de mal vivir acechaban vagabundeando por entre las palmeras y no eran de los que hacían remilgos para apretar el gatillo. Acababa de tener el ejemplo con los agresores. Descansen en paz.

Ahora lo que importaba era no demorarse demasiado en el camino.

Conque Don arreó a los bueyes y los dirigió diestramente. Primero sorteando las últimas marismas y más adelante, bordeó los pantanos y la tierra de extraño color verdusco que olía a arenas movedizas.

Un par de veces tuvo que sacar a otros tantos bueyes del mal sitio en que se habían metido, a base de lazo y maestría. También por dos veces los cocodrilos, que se confundían con el color de las lagunas, trataron de atrapar las patas de los bueyes, pero Don acabó con el ataque con una bala en los dientes de uno de los saurios y a otro más atrevido le colocó un plomo en el ojo y lo dejó sacudiendo la cola.

Una hora más tarde, Don atravesó un verdadero bosque de juncos y cañas y de repente, se encontró con algo inesperado.

Se trataba de un poblado.

Se veían tantas edificaciones desparramadas por aquel trozo de valle, algunas de ellas de ladrillos, que parecía una ciudad de tercera categoría.

Los vehículos transitaban por las calles bien alineadas, de modo que contrastaban violentamente con la selva que acababa de atravesar.

Pronto los transeúntes se detuvieron al ver a los bueyes. Pero Don pensó que no era demasiado extraño, ya que los animales eran dignos de un concurso.

Hizo avanzar las reses por su derecha y cuando Don vio el rótulo

de una taberna, dio un silbido y el buey más viejo se detuvo lanzando un mugido de aviso a sus compañeros.

Los transeúntes lanzaron exclamaciones de admiración.

Don se apeó del caballo y entró en el local.

Y el grupo que le cedió el paso en la puerta entró en pos de él.

Un sujeto bigotudo entró batiendo palmas.

Don se volvió, cuando estaba ya cerca del mostrador, y contempló al que batía palmas.

El bigotudo portaba una estrella de *sheriff* prendida al chaleco.

—Muy bien, forastero.

—¿Se refiere a mí o a los bueyes, *sheriff*?

El bigotudo rió a golpes.

—A las dos partes, forastero. Creo que nos vamos a divertir de lo lindo en Lakeville.

—¿Esto es Lakeville?

—Sí, forastero. Y la gente les aplaudirá mucho a usted y a sus bueyes.

—No entiendo, autoridad. No venimos a recoger aplausos.

El *sheriff* alzó perplejo las cejas.

—¿No es usted de un circo ambulante?

—¡Calle, hombre!

—Infiernos, pues si que me colé bien. ¿Y esos bueyes no están amaestrados para divertir al público?

—¿De qué, *sheriff*? Los traigo para el Rancho Everglade.

El *sheriff* dio un respingo.

—¡Para Lee Graves!

—Sí, *sheriff*. Leyó uno de mis anuncios en el *Clarín de River City* que decía: «Proporciono toda clase de animales vacunos, equinos y caprinos. Razas seleccionadas. Distribución por todo el país. Don Madox, agente de ganado. River City. Apartado Postal 15. Texas».

El *sheriff* estaba convertido en una mole de piedra. Pero no era él el único sorprendido, sino los que escuchaban cerca de ellos.

—¡Canastos! —exclamó la autoridad de Lakeville—. Me lo está contando y no lo creo. ¿Quiere decir que el señor Graves le encargó esos bueyes y usted viene desde Texas?

—No se equivoca, *sheriff*.

—¡Eh! —chilló el *sheriff* a los clientes—. ¡Oigan esto, muchachos! ¡Todavía es mejor que el numerito de los bueyes!

Don experimentó incomodidad porque le partía por el eje ser el centro de todas las miradas.

—Me está poniendo complejo de bicho raro, *sheriff*.

—¡Demonios, todo lo contrario! ¡Usted es uno de los pocos tipos que han venido desde lejos!

—De más lejos llegaron los españoles.

—Sí, señor Madox. Pero lo que me hace mucha gracia es que usted viene sólo con esos animales.

—Se portan bien cuando les doy una voz.

—¿Y no ha tenido dificultades por el camino, señor Madox?

Don frunció el entrecejo.

—Hombre, ahora que toca el tema le diré que unos tipos quisieron pegarme el susto.

—Seguro que usted llevaba más bueyes y le dejaron estos once nada más.

—No, *sheriff*. Intentaron quitarme estos once, que son los únicos que han desembarcado en Florida. Pero me dispararon al bulto y no tuve más remedio que ponerme serio.

—¿Y...?

—Y les coloqué una bala en mal sitio a cada uno de los dos pájaros que me atacaron. El tercero escapó muy aprisa y ni le vi la cara.

El *sheriff* tenía los ojos muy abiertos y chilló:

—¿Lo han oído, muchachos? ¡Se cargó a dos tipos a la entrada de la península! ¡Seguro que son Kong *el Seminola* y Austin Lorigan! Demonios, señor Madox, tendré que ver los cadáveres para convencerme.

—Bueno, allí a la salida del puerto los dejé entre unos cañaverales.

—Deje que le mire bien, muchacho. Usted es un tipo grande.

—Sólo un metro noventa y dos —guiñó Don el ojo derecho.

El *sheriff* rió nerviosamente.

—Todo esto se va a comentar mucho en Lakeville, señor Madox. Vaya que se comentará. Y de los bueyes no digamos. Yo habría jurado que usted llegaba del norte como embajada de un circo. Por aquí vienen de cuando en cuando.

—Pues mi única relación con el circo ha sido una trapecista muy flexible que tenía unas piernas que déjelas correr, *sheriff*. Pero ella

se empeñó en que yo había nacido para el trapecio, y cuando se puso pesada, tuve que romper las relaciones.

El *sheriff* rió alargando mucho el cuello porque aquellos chistes eran su punto flaco.

Don, con una mueca paciente en la cara, lo dejó reír a su gusto. Luego agregó:

—Oiga, estoy seco por dentro. ¿Quiere beber conmigo?

—Usted es el que beberá con el *sheriff* de Lakeville. ¡A ver, Fred! ¡Dos *whiskys* por correo urgente!

—¡Como las balas! —gritó el dueño de la taberna, y se aproximó con una botella y dos vasos que llenó apenas los dejó en el mostrador.

Don y el *sheriff* bebieron después de brindar con sendos gestos.

—¿Qué tal hombre es Lee Graves, *sheriff*? —inquirió Don.

El *sheriff* chascó la lengua para saborear el *whisky*.

—Todos le tenemos mucho aprecio. —Bajó la voz y agregó—: Lástima que se haya rodeado de sobrinos.

—¿Sobrinos, *sheriff*?

—Lee Graves se estableció en estos andurriales hace como unos cinco años. Primero ensayó el negocio de la caza de cocodrilos para aprovechar las pieles. Luego consideró que estas tierras eran excelentes para el pasto de reses y se le ocurrió montar un rancho. Los primeros animales que trajo fueron bien y el rancho creció muy aprisa. Este último año debió decidirse a cambiar de raza. Conque ésa tiene que ser la explicación para que haya pedido reses a Texas.

—Sí, eso debe de ser. ¿Qué hay con los sobrinos de Lee Graves, *sheriff*?

—Mire —suspiró el *sheriff*—. Graves se encontró con pocos peones. La mano de obra era escasa en tiempos pasados. Conque un día llamó a todos los sobrinos que tenía. Cuatro. Cada uno de padres distintos. Les citó en Florida y les leyó la cartilla. Si le ayudaban, el rancho prosperaría y ellos se repartirían las ganancias. Los cuatro sobrinos se quedaron encantados. Pero ahora que las cosas van mejor en el rancho, los chicos ya se dedican a la vida cómoda. Excepto William Cooper, el mayor. Es el más serio y el más trabajador. Pero agárrese al jovencito Ty Damon. Es un rubio que se cree que las desmaya a todas. Y por eso sólo se ocupa de las *girls* que pasan por nuestros locales.

—Ah, pero ¿hay *girls*?

La voz del *sheriff* se hizo más confidencial.

—Ya le presentaré a una que dicen si es cubana. Una tal Maribel, que está que parece mentira. Sobre todo cantando una cosa que dice «Aquí me picó un mosquito», y meneaba el ala hacia el público que da miedo verla. Ya he tenido que detener a más de uno en las actuaciones de Maribel porque, por muy rica que esté, no se puede tolerar que alguien se pase de la raya haciendo cosas en público que vale la pena que me dispense mencionarlas.

—Me parece que le entiendo, autoridad. —Don carraspeó—. Seguro que el menor de los sobrinos de Graves ya se ha dedicado a la bella Maribel, ¿eh?

—Ahí está lo bueno, Madox. Que Maribel es la única que le está haciendo morder el polvo. Conque el pequeño Ty Damon va de loco por ahí que parece un sonámbulo. Y lo malo es que cuando se pone así, una mujer como Maribel podría ponerlo en dificultades. Por ejemplo, aprovecharse de que él es sobrino de un ranchero acomodado y sacarle la sangre. ¿Me comprende o no me comprende?

—Mejor que si me lo pintara al óleo, *sheriff*.

El *sheriff* rió entre dientes y su voz volvió a sonar normal.

—Bueno, Madox, será mejor que dejemos el chismorreo y usted vaya a lo suyo.

—También pienso yo así, *sheriff*. Más tarde nos veremos. Cuando ya haya entregado las reses a Lee Graves.

El *sheriff* estrechó la mano de Don.

—Muchacho —dijo sinceramente—, he tenido un gran placer en conocerte.

—Lo mismo digo, *sheriff*.

Don marchó hacia la puerta.

Pero de repente se detuvo en seco, porque los batientes se abrieron con ímpetu.

Y entraron dos sujetos de aspecto derrotado.

—¡Ése es el de los bueyes, Michael! —gritó el que tenía las ropas desgarradas, sucias de barro.

Don comprendió de pronto que aquel tipo era el que se largó huyendo cuando los otros dos lo atacaron a la entrada del puerto.

El que le acompañaba era un sujeto largo, de ojos relucientes y

cara huesuda. Sonreía fríamente. Ambos empuñaban sendos revólveres.

—De modo que éste es el que mató a los muchachos, ¿eh, Paul?

—¡Sí, Michael! ¡Los asó delante de mis narices!

—Ahora le toca morir a él.

El *sheriff* recuperó el resuello y gritó de repente:

—¿Qué es lo que intentan, muchachos? ¡Quietas las armas!

—Apártese, *sheriff* —dijo el hombre de los ojos relucientes, llamado Michael—. No se meta en esta ejecución o habrá que votar por un nuevo *sheriff*.

—¡No lo hagan! —repitió de nuevo el *sheriff*.

Pero no le hicieron caso.

Michael y Paul apretaron los gatillos.

Madox cambió de lugar antes de que llegara el plomo.

Para ello tuvo que saltar a un lado.

Pero no se limitó a esquivar la andanada.

En mitad de los truenos que ensordecieron a los ocupantes de la taberna. Madox llegó al suelo y ya había puesto en camino cuatro proyectiles.

Los cuatro proyectiles fueron bien aprovechados.

Tocaron a dos por cabeza.

Dos estallaron en la cabeza de Michael, quien salió prácticamente decapitado a la calle.

En cuanto al superviviente del tiroteo del puerto, o sea Paul, esta vez no tuvo tanta suerte.

El primer plomo le estropeó los centros nerviosos y sufrió una hemiplejía, por lo que quedó a la pata coja, paralizada toda la parte derecha. La otra bala le hundió el hueso del esternón.

—¡Rayos! —gritó agudamente—. ¿Y para esto vinimos a...?

No acabó la frase porque de repente le dio la parálisis al otro lado y murió de pie.

Se venció como un tronco al ser talado cerca de la raíz. Y chocó contra el suelo sin perder la rigidez. Muerto.

El *sheriff* avanzó golpeándose la cabeza con los puños porque no sabía lo que hacía a causa de la violenta impresión. Pero él no era el único afectado, porque otros clientes también se veían enfermos.

El único que tomaba las cosas con filosofía era Don Madox, quien lanzó una maldición entre dientes, ya que en la caída se había

manchado con serrín de la escupidera, por fortuna recién cambiado.

—Bueno —se dijo—. Se acabó.

El *sheriff* movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, Madox. Acabó su aventura con esa gentuza. Pero ya hablaremos de ello porque ahora necesito tomar mis píldoras.

Don se dirigió hacia la puerta.

Al pasar por delante de los cadáveres, su rostro se tornó grave.

Sacudió la cabeza.

Por fin, salió definitivamente del local, con mucho silencio a su alrededor.

CAPÍTULO III

El rancho de Lee Graves no tenía nada que envidiar a los más acondicionados de Texas.

Poseía de todo. Su valla de alambre de espinos que se perdía de vista enmarcando la propiedad, la casa principal de piedra bien construida, y los clásicos corrales, pabellones para el personal y un sinfín de dependencias que hacía comprender que allí no se carecía de nada.

Para acabar de componer el cuadro llegaban hasta los oídos de Don las notas bien entonadas de una canción vaquera interpretada por una voz en el patio. Era la conocida melodía: «Entremos en el granero, Doris, que por ahí viene tu padre».

Lee Graves hacía juego con aquel ambiente tejano porque era un hombrón de rostro grave, ojos grises y mirada inteligente, mentón prominente y erguido que denotaba decisión y entereza de carácter.

—¿Ya salió de su sorpresa, Madox?

Don aspiró el limpio aire del porche.

—Todavía no, señor Graves. Parece que estoy en mi propia casa, a pesar de que me encuentro a mil millas de ella.

Lee Graves sonrió mientras sacudía la cabeza.

—La verdad es que he tratado de que esto fuera un rincón de Texas, Madox.

—Pues lo está consiguiendo.

—Para eso necesitaba esos bueyes.

Don entrecerró los ojos.

—Le he traído lo mejor, señor Graves.

—¿Me lo dice o me lo cuenta, muchacho? Tengo ojos en la cara y entiendo lo mío de reses. Cuando usted y sus bichos aparecieron por ese camino, me cercioré inmediatamente de que no me había

equivocado al elegirlo como proveedor.

—Y como detalle de la casa, le regalo el buey que sobra, es decir el onceavo, ya que usted sólo pidió diez.

—Le pagaré todo, Madox.

—Ya me basta con los dos mil, señor Graves. Pagó bien y por anticipado.

—Tengo esa costumbre.

Don chascó la lengua.

—Sin embargo, es muy arriesgado ser tan confiado, señor Graves. Si llego a ser un tipo desaprensivo, usted se habría quedado sin los bueyes y sin los dólares.

Lee Graves emitió una seca tosecilla.

—La verdad es que tenía ciertos antecedentes acerca de usted, Madox.

—¡Hola!

—Sí, Madox. Aunque le parezca mentira, yo supe de usted antes de escribirle.

—Creí que sólo era popular en el condado de Lorena.

—Pero aquí también llegan los periódicos.

—¿Dijo periódicos, señor Graves?

El ranchero guiñó un ojo, pero no desdijo en su seriedad habitual.

—Leí un artículo en el *Globo de Dallas*. El artículo se titulaba «Escobas en nuestro estado».

—¿Escobas?

—Sí, Madox. Hablaba de los *sheriffs*, comisarios y *gun-men*

al servicio de la ley, así como particulares que se comportan heroicamente en la lucha contra el delito. Su nombre estaba en la lista de «Hombres-Escoba», hombres que barrían a los forajidos del mapa...

—¡Ah, canastos...!

—Sí, Madox. En el artículo se mencionaba aquel asunto del robo de dos mil reses cuyos gerifaltes fueron capturados por usted.

Madox entrecerró los ojos.

—Le juro que hago un esfuerzo y no me acuerdo del caso.

—Porque no es el único asunto a favor de la ley que ha resuelto usted. También leí algo sobre la trata de blancas y negras. Usted

desarticuló la banda a pildorazo limpio. Y también el asunto del niño.

—Yo soy soltero, señor Graves...

Lee rió reposadamente.

—Me refiero al secuestro del niño Leopardi, el hijo de los Leopardi, conserveros de cerdo. Usted detuvo a los raptos justos cuando iban a matar al niño.

—Sí. Ya me acuerdo de aquella criaturita. Era una peste.

—Pero usted recibió mil dólares de premio por su acción, amén de ser nombrado socio honorario de Los Miembros de la Mano de la Justicia, la sociedad que tiene tantos adeptos en el país.

—Demonios, señor Graves. Usted sabe tanto de mí como una tal Lola *Tijuana*, que me descubrió todos los secretos.

Graves rompió a reír.

—Espero que se quede algún tiempo con nosotros.

—Será un honor, pero...

—El honor será para nosotros.

El diálogo fue interrumpido por una voz irónica, bien timbrada.

—Eh, cuando dejen de decirse piropos, ya verán que estoy aquí.

Don y Lee se volvieron hacia la voz bien timbrada.

La cara de Lee perdió mucho de su alegría. Hizo una mueca.

—Éste es Ty, mi sobrino menor, hijo de mi hermana pequeña —dijo Graves y señaló a un rubio de rostro cínico, dientes blancos y bien parecido—. Ty, éste es el señor Madox.

El rubio sonrió, estrechando la mano del forastero.

—Ya le conocía antes de haberle visto, amigo. Usted es el «matasiete».

—¡Ty! —exclamó Lee, reprobatorio.

Don sonrió también.

—Déjele al chico, señor Graves. Los amigos de Maribel son todos amigos míos.

El rubio dejó de sonreír, quedando serio.

—¿Qué sabe usted de Maribel, mosquetero?

—Sé poco, pero ya me lo contará todo ella.

—No se acerque a esa mujer. ¿Oye, tejano piojoso?

—Intenta impedirlo y escupirás los dientes de leche, guayabo.

—¡Maldición! —rugió el rubio fuera de sí.

—¡Basta! —aulló Lee Graves. Y cuando consiguió el silencio,

clavó su mirada en Ty, y dijo entre dientes—: Te dije que dejaras a esa mujer. ¿Me oyes?

Ty abrió y cerró la boca. Y también los puños.

—Sí, tío.

—Ahora presenta tus excusas al señor Madox.

—Pero es que tengo ganas de abrirle el cráneo en dos...

—¡Ty!

Don intervino con un carraspeo.

—Déjelo, señor Graves. Cuando intente levantarme la mano empezará la dentición de hombre.

—¡Condenado me vea! —chilló histéricamente el rubio.

Y a pesar de que su tío Lee también gritó, el rubio tomó impulso para envestir al tejano Madox.

Sin embargo, por el camino se encontró con algo muy duro.

Era un puño que surgió de pronto por la puerta de la casa.

El puño chocó claramente contra el mentón del rubio justo cuando pasaba ante la puerta.

Ty dio una vuelta de campana y quedó sentado en el suelo con una cara como si se preguntara qué diablos le había pasado.

También se lo preguntó Don, pero sólo fue durante unos segundos, porque vio al autor del mazazo.

Se trataba de un sujeto cercano a los cuarenta, de gran corpachón, ojos de fuego y cabello ensortijado. Sonreía con unos dientes como palas, pero blancos como la leche.

—Yo soy William Cooper, el sobrino mayor de mi tío Lee aquí presente. ¿Está satisfecho con lo que le di a Ty? ¿O le acabo de aflojar los colmillos?

Don sonrió porque el tipo le cayó simpático.

—Hombre, déjeme colaborar a mí también en algo.

—Ande, Madox. Pártale la boca y nos daremos la mano.

Don se echó a reír y también el sobrino mayor de Lee Graves.

—Hay que darle una tregua.

Entrechocaron las manos, ante el asombro de Lee Graves.

Éste carraspeó.

—Como verá usted, señor Madox, no todos mis sobrinos son como Ty.

—Es que yo soy hijo de otra hermana de tío Graves —sonrió William Cooper. Enseñó los dientes con fiereza hacia Ty y masculló

—: Al trabajo, pajarín.

Ty entrecerró los ojos, escupió con rabia y dijo:

—Ya nos veremos, «matasiete».

Don no dijo nada.

William suspiró:

—Olvídese del incidente, muchacho. Mi primo está algo descentrado desde que una tal Maribel le dio la calabaza. Por eso la emprende con el primero que llega.

—Ya nadie se acuerda de esto, William.

William se retiró para contemplar al forastero.

—Bien, tío Lee; el chico da la medida. Ya me enteró el empleado de los forrajes que baleó de mala manera a cuatro tipos.

Como Lee Graves no sabía nada, pegó un salto del sillón de mimbre.

—¿Qué? —exclamó.

William lanzó una risotada.

—Sí, tío. Míralo bien. Él solito se cargó a Michael Lefébre, a Paul Lorigan y al Seminola...

—¡No...!

William arreció en sus risotadas.

—Sí, tío. Y fue por parejas. Primero lo hizo con Lorigan y el Seminola y a los otros dos los sirvió en la cantina ante los bigotes del *sheriff*.

Lee contempló a Madox con los ojos muy abiertos.

—Tendrá que contármelo todo cuando me recupere de la sorpresa, Madox.

—Por desgracia, no puedo permanecer demasiado tiempo en Florida. Me hablaron de un barco que pasará esta tarde por Tarpon Spring.

—Usted se queda, Madox. Necesito que se quede unos días.

Don observó el tono y la mirada de Lee Graves y vio algo más que un ruego. Era como si Graves le lanzara una llamada de socorro. En las pupilas de Lee Graves se veía una chispa de angustia, que sólo Don percibió.

—Me quedaré solo un par de días, señor Graves —decidió por fin.

—Gracias, Madox. Gracias.

—Y ahora que se quedará con nosotros —guiñó el ojo William,

el sobrino mayor—, que estará en casa por unos días, voy a dar las órdenes para que se encuentre cómodo. Hasta más tarde.

Cuando Lee Graves y Don Madox quedaron solos en el porche, sólo se escuchó el punteo lejano de una guitarra durante un rato, sonando melancólicamente como un presagio.

De repente, ocurrió todo.

Sonaron cuatro estampidos, uno tras otro.

La primera bala pasó entre las caras de Don y Lee.

Las otras tres cruzaron justo por donde estaban los cuerpos de los dos hombres... una fracción de segundo antes.

Se debía a que ya Don había embestido a Lee Graves con un fuerte empujón y rodaron por el entarimado del porche.

Por eso las siguientes balas rebotaron en la pared de piedra de la casa y aullaron hacia el vacío, como si lamentaran no haber mordido carne.

Don estaba hecho un ovillo con el rancharo.

Y a pesar de ello, se las ingenió para disparar por el hueco del sobaco.

Dirigió los proyectiles hacia los cañaverales que rodeaban aquella parte.

Nadie aulló de muerte esta vez. Pero el oculto tirador debió comprender que aquello iba en serio, porque interrumpió el fuego.

Don sacudió al rancharo.

—¿Se encuentra bien, señor Graves?

El rancharo jadeó.

—Estoy enfermo, muchacho. Enfermo. Y vivimos de milagro.

Don gruñó aprobatoriamente y lo soltó.

Salió convertido en un borrón en dirección al cañaveral.

Una vez dentro de la maraña de vegetación, cañas y mimbres, fue de un lado a otro como una exhalación, con la esperanza de atrapar al bastardo que había hecho aquello.

Don sentía que la ira le corroía las entrañas y se juró un par de veces que en cuanto le echara la vista encima, lo dejaría seco de un pildorazo. En realidad era tan difícil buscar a alguien entre aquellas cañas como encontrar una aguja en un pajar. Pero daría con el tipo aunque tuviera que hacer agujeros en la tierra.

Después de un buen rato, se dio cuenta de que había hecho el camino de la hormiga, o sea, ir de un lado para otro y llegar al

lugar del comienzo.

Recorrió un pequeño pantano a unas doscientas yardas del cañaveral y de repente quedó envarado.

Había notado, más bien percibido, a alguien justo detrás de él.

Don amartilló el «Colt» tratando de controlarse, dio la vuelta y dijo:

—Lo pesqué, amigo. Conque salga del nido antes de que le coloque una bala debajo del ala.

El follaje se removió y seguidamente salió alguien que arrancó un respingo de sorpresa a Don Madox.

Era una mujer muy bella.

CAPÍTULO IV

La muchacha frisaba los veintidós años, era morena, de ojos muy grandes y curvas esbeltas que quedaban al descubierto porque vestía un pantalón masculino propio de un pinche de un rancho, ya que le venía corto de número.

También portaba un rifle en la mano, pero boca abajo.

—Por favor, cálmese, Ike.

Don apretó los labios.

—¿Qué quiere decir Ike?

—Usted es Ike. Ese hombre que vive en los pantanos, que come huevos de tortuga y llama hermanos a los pájaros. Ya oí cómo daba gritos a la luna la otra noche y no lo hacía mal del todo. No, señor. Usted tiene voz de tenor.

—Muy muy ingenioso. Ahora un poco de tomadura de pelo, ¿eh?

—Estoy hablando en serio, Ike.

—Mi nombre es Don Madox. Y recuérdelo bien porque será el tipo que le siente la mano encima, aunque esté feo pegar a una dama.

—Por favor, Ike... Digo, Madox Bueno, ahora te llamas Madox. Pero la semana pasada eras Fray Junípero Serra. —La chica sonrió forzadamente como si se las hubiera con un desequilibrado—. Esta semana te toca ser Don Madox. De acuerdo. Tal vez ese Don Madox sea un misionero cuyo espíritu se te ha colado también en el cuerpo.

Don sacudió la cabeza, ligeramente confundido.

—Eh, nena, está mal que hayas querido acribillar a Lee Graves. Pero de eso a que ahora te hagas la demente va un buen camino.

—Calma, Ike —sonrió la bella como si se dirigiera a un

animalito—. Ahora que estás sin barba, me pareces más guapo, sí, señor.

—Me puse un depilatorio —sonrió Don con una mueca y miró atrás con el rabillo del ojo, por si todo aquel cuento de la muchacha era un truco para dar tiempo a un supuesto fulano que estuviera a sus espaldas.

Sin embargo, nadie había detrás de Don, excepto un lagarto que los contemplaba con curiosidad.

Además, Don observó que el tono de la muchacha era sincero. Lo cual indicaba que efectivamente lo había confundido con el tipo llamado Ike.

Ella sonrió radiante al golpearse el bolsillo derecho como si allí tuviera la solución.

—¡Ike!

—¿Sí?

—¿A que no sabes lo que tengo en el bolsillo?

—Déjame que meta la mano y lo averiguaré, nena.

—Eso sí que no. Te estás volviendo un pillín, Ike. La última vez que nos vimos de más lejos, te conformaste con que te dejara sobre una piedra lo que tanto te gusta.

—Pero ahora lo quiero atrapar con mis propias manos, Belinda.

—No soy Belinda, hombre. Recuerda. Soy Eve Lindom. La chica de los cocodrilos.

—¡Eve!

La muchacha dio un salto atrás precavidamente.

—Eh, no hace falta que te acerques. Ahora te lo daré. ¿Adivinas qué es?

—Un beso. Pero no sé cómo me lo vas a largar a esa distancia. ¿Por qué no te acercas, Eve?

—Eso ni hablar. No es un beso. Es un caramelo.

Don contuvo un respingo.

Como sabía que la chica lo tomaba por el loco de los pantanos, se las ingenió para emitir una risa de hiena.

Eve tragó saliva.

—No, no te acerques, Ike. Ahora te doy el caramelo. Mira, ahí está. Quieto, ¿eh? Quietecito.

—Quiero que me lo pongas entre los dientes, Eve. O no juego.

—Está bien. Abre la boca, Ike. Tengo buena puntería y te lo

lanzaré desde aquí.

—Mi hablar. Alarga el brazo.

Eve volvió a tragar saliva, y después de pelar el caramelo, tendió el brazo con la misma precaución que si lanzara un maní a un gorila.

Don empezó a abrir la boca.

Y entonces una voz carrasposa dijo detrás de Eve:

—¿Qué haces, Eve? Ese tipo no es Ike *el Grillo de los Pantanos*.

Eve retiró el brazo dando un fuerte respingo.

—¿Cómo?

Don vio aparecer a un viejo de ojillos brillantes como los de los ratones.

Trasladó la mirada a la perpleja Eve y dijo:

—Estuve mucho rato tratando de decirle que yo no era su loco, preciosa.

Eve pegó una patadita en el suelo.

—¡Ha estado burlándose de mí!

—Deme ese rifle, Eve.

—Que se lo ha creído.

Don endureció los músculos de su rostro.

—Ahora que su abuelo está con usted, van a tratar de explicarme por qué dispararon contra Lee Graves.

Eve alzó las cejas.

—¿Estás oyendo, tío Job? ¡Tiene las mismas chifladuras que Ike *el Grillo*! ¡Por eso me confundí con él!

—Le hace falta la barba —rió el vejete cascadamente, y brincó sobre las enredaderas del suelo—. No, muchacho. Usted no es Ike *el Grillo*.

—Mi nombre es Don Madox. Y encontré a su sobrina en un lugar donde debía encontrar a un asesino.

El viejo Job pestañeó rápidamente.

—¿Un asesino, hijo?

—Eso dije, abuelo, A ver su rifle.

El vejete cabeceó.

—Sí, señor. Aquí lo tiene.

Don abrió la recámara y observó la carga. Olió el cerrojo.

—No ha sido disparado en varias horas —dijo, y le devolvió el arma al anciano.

—No me pida mi rifle —dijo Eve con firmeza.

Don respiró con fuerza.

—Se lo arrancaré de la mano si no me deja, Eve.

—Atrévase.

—Eve —suspiró Don—, me huelo que usted oculta algo.

—¿Sí?

Don señaló detrás de la chica.

—Mire ese búho que nos observa desde allí.

Eve volvió un segundo la cabeza. Y se dio cuenta demasiado tarde de que era una trampa de Madox.

Éste le tiró bruscamente del rifle.

—¡Tramposo! —chilló Eve—. ¡Lo voy a servir de comida para los cocodrilos!

El viejo contuvo a la sobrina y ello dio tiempo para que Don abriera el rifle de Eve.

—Lo que yo me dije. Este rifle fue el que nos largó cuatro perdigones gigantes a Graves y a mí.

—Imposible —resolló el viejo.

Don miró a Eve.

—¿Qué tiene contra Graves? ¿Intentó propasarse con usted y por eso quiere su piel?

—Váyase al infierno.

—Con un rifle como ése en manos de un tipo, ha sido suficiente para el ahorcamiento.

—Nadie me ahorcará, señor Madox.

—¿No, eh?

—Por la sencilla razón de que yo no disparé mi rifle.

—Empiece a explicarse, porque he prometido a Graves llevar la piel desecada del que hizo fuego contra nosotros.

Eve pegó un puntapié contra una piedra, que rodó hasta el pantano.

—Subí al árbol para avistar a los cocodrilos que pudiera haber al otro lado del pantano. Como es lógico, no subí el rifle conmigo, sino que lo dejé apoyado al pie del árbol. Un tipo con sombrero de mucha ala me robó el rifle. Al oír los disparos, bajé hasta el lugar del fuego, pero el tipo ya no estaba allí. En cambio, alguien me envió una andanada de plomo.

—Fui yo —dijo Don.

—¡Miren qué hombre tan gracioso! Estuvo a punto de partirme en dos.

—¿Qué aspecto tenía el tipo que le robó el rifle?

—Ese condenado sombrero lo tapaba muy bien. Conque yo sólo pude verlo desde arriba y nada más podría describirle la copa del sombrero que le servía de tapadera. Recogí mi rifle del suelo y en paz.

—Sí que la hemos hecho buena —masculló Don entre dientes.

—¿Está satisfecho, señor Madox?

—¡Oh, sí! Rebosante de felicidad.

El vejete Job rió como un pajarraco de los pantanos.

—No se preocupe, muchacho. El caso es que usted y el señor Graves están enteros como un huevo. Ya encontrará a su tipo. Lo mismo me pasó a mí una vez con un cocodrilo. Ese cocodrilo y yo nos conocíamos desde hacía diez años. Nunca podía meterle la bala en las fauces. Sabía más que Merlín, Salomón y la Cámara de Representantes, todos juntos. Siempre que le sorprendía chascaba los dientes y luego se daba la vuelta meneando la cola burlescamente.

—Pero al fin lo cazó.

—El condenado me tenía frito, porque su piel representaba para mí una ganancia de cincuenta dólares, que era lo que debíamos desde hacía meses en el almacén general. Yo ya hablaba con el cocodrilo y juraba desde lejos que lo atraparía. Parecía como si me entendiera. Ya puede calcular que después de diez años de vernos llegamos a ser buenos enemigos. Nos veíamos a distancia. Y le juro que llegó a saludarme con el rabo en alto. Por fin, un buen día cayó en la trampa de cañas para cocodrilos que tenemos en el recodo del río una milla más arriba. Demonios, Madox. Fue el primer cocodrilo al que he visto llorar de verdad. Lo juro. Me partió el corazón. Conque en vez de aprovecharlo como piel para bolsos de dama, o cinturones de lujo, lo vendí a un circo. Sí. El pobre Dientes de Sierra está vivito y coleando en un gran circo gracias a ser tan simpático. Pues lo mismo ocurrirá con su asesino de rifles robados. Usted lo atrapará.

—No esperaré diez años, Job. Me gustaría que el tipo lo supiera.

Job lanzó un escupitajo a una rana que lo miraba con descaro.

—Ha sido para ilustrarle que atraparé al tipo tarde o temprano,

Madox. Florida es grande. Pero se puede encontrar a un asesino.

Eve llegó después de recoger los bártulos.

—Bueno, tío —dijo, pero miró a Madox—, ya es hora de que reanudemos el trabajo.

—Sí —suspiró el vejete—. Hoy tengo esperanzas de atrapar a «Ramón». Un cocodrilo de dos metros y medio de largo que me reportará treinta dólares en la factoría. También me está costando de atrapar el muy granuja.

—Pues sigamos todos con la caza —dijo Madox.

El viejo tendió la mano al joven, quien la estrechó.

—Si tiene un rato, venga a mi cabaña que está justo mirando a oriente, según se va por ese lado. —Guiñó un ojo—. Tengo allí una botella de *whisky* que hace piar a los ángeles.

Don sonrió.

—Pues ya piaremos juntos, abuelo.

Eve ya estaba en el camino, y como no se había despedido, Don gritó, agitando un brazo:

—Adiós, Belinda —dijo.

Y Eve se volvió, fulminándolo con la mirada.

Pero a Don le gustó mucho el brillo de aquellos ojos grandes como lagos.

Y todo lo demás de Eve.

CAPÍTULO V

La comida en casa de Lee Graves fue tan divertida como un velatorio.

Lee Graves apenas probó bocado y sus ojos denotaban el intenso temor a la muerte que había visto tan de cerca.

El único que podía haber animado la reunión era el mayor de los sobrinos, William Cooper. Pero se le veía ceñudo y ensimismado engullendo cucharadas de sopa.

El menor de los sobrinos, el rubito, dirigía miradas aviesas a Don y alguna que otra pulla cuando le pedía que le pasara la salsera o el molinillo de pimienta.

Los otros dos sobrinos de Graves eran un tipo nervioso y bien parecido, aunque pequeño de talla. Se llamaba Ed *Full*. Y el que estaba a su lado, Max Madison, era un sujeto huesudo de nariz aguileña, que habría sido el último en un concurso de modales porque le daba por sorber la sopa.

William Cooper acabó de arreglar la divertida reunión cuando soltó el cucharón y mascullo:

—Juro que le retorceré el pescuezo al que hizo eso con usted y con mi tío, Madox.

Don se limpió los labios con la servilleta.

—Ya me encargo yo de él, William.

—Calle, hombre. Los huesos de ese pájaro me pertenecen tanto como mis cejas. Lo tengo que triturar, lo haré secarse al sol, lo...

—Tú siempre dramatizando, Willy —dijo el rubio.

—A callar, o perderé definitivamente la paciencia, Ty.

—Ahora que tienes al «matasiete», los dos haréis una buena pareja de sabuesos. Con un poco de suerte, tal vez os contratarán para el circo Mississippi.

William pegó un mazazo en la mesa.

—¡Condenación, te voy a machacar la cabeza! —rugió.

Don iba a decir algo, pero Lee Graves tomó la palabra.

—Déjenme con el señor Madox.

—Eh, tío —empezó William—. Yo debo...

—¡Largo todos de aquí! —vociferó Lee Graves, echando fuego por los ojos.

William pegó un gruñido.

—Ya lo habéis oído, muchachos. Tío Lee debe abrirle el pecho al señor Madox. Y pensándolo bien, es eso lo que necesita. Contar con un hombre de agallas como Madox. Sí, señor. Ya tío Lee se cansa de soportaros. Y tiene toda la razón del mundo.

—Primero dejen que sirva el café —dijo una voz de mujer en la puerta del recinto.

Don volvió la cabeza y contempló a una rubia de unos treinta años que portaba una bandeja.

Como su mirada era interrogativa, Lee Graves emitió un carraspeo.

—Es Doris. La única persona fiel de la casa.

La rubia Doris sonrió al invitado.

—Oí hablar de usted, señor Madox —dijo, y mostró unos dientes muy blancos.

—De modo que usted es la autora de las albóndigas de pollo, ¿eh?

Doris sonreía abanicando las pestañas.

—A Lee le gustan mucho.

—A Lee, ¿eh?

Lee Graves volvió a toser.

—Doris es mi prima. Vino a pasar una temporada a nuestro rancho para ver si le sienta bien a sus nervios. Como ve, todos somos de la familia. Vive en Nueva Orleans, donde tiene una casa de sombreros para damas. Conque cuando el doctor le recomendó un clima menos seco para que sus nervios se tranquilizasen, pensó en visitar Florida.

—Y la verdad es que estoy mucho mejor de mis jaquecas —dijo Doris, siempre sonriente.

—Tú estás bien de todo menos de Aritmética, Doris —dijo el rubio Ty.

Doris borró la sonrisa de los labios.

—Este bastardo se la ganó, sí, señor. —Y dio la vuelta a la mesa. Ty lo esperó abriendo las piernas como los púgiles.

A pesar de las voces de protesta de tío Lee, William llegó ante el rubio y le tiró un rechazazo.

Pero el rubio se agachó a tiempo y lo cazó con un gancho al hígado.

William retrocedió, adquiriendo su rostro un feo color verde.

Luego, tomó impulso y salió corriendo en pos de Ty, quien había tomado la retirada.

Se les oyó armar gran alboroto en el patio.

El huesudo, Max Madison, se incorporó pausadamente y echó una ojeada por la ventana.

—Malo. William tiene el vicio de empezar con la derecha y Ty se aprovecha de ello para aflojarle los dientes de abajo. —Luego tomó asiento y se puso a sorber el café con mucho ruido.

Lee Graves sacudió la cabeza cuando los otros dos sobrinos siguieron el camino al patio interior.

—Usted debe de pensar que estamos todos locos de remate, ¿verdad, Madox?

Fue la rubia Doris la que contestó en lugar de Don Madox.

—Le pasará igual que a mí cuando llegué hace unos días a este rancho. Pero ya me voy acostumbrando... ¡Lee!

Don giró la cabeza.

Lee estaba ahora encorvado sobre la mesa.

Se le veía pálido como un muerto, los ojos desencajados y una expresión de dolor.

Dio una boqueada y emitió un jadeo.

—Ve... veneno...

Don se movió rápidamente, a pesar de que oía un pitido estridente que reconoció como un alarido de terror de la rubia Doris.

Tomó por los sobacos al ranchero cuando ya los sobrinos entraban en tropel por la puerta.

—¡Pronto, hay que lavarle el estómago!

El mayor de los sobrinos lanzaba estruendosas maldiciones.

—¡Veneno! ¡Le han envenenado! ¡Y fue uno de los que están en la casa! ¡Uno de nosotros!

—Écheme una mano, William —dijo Don.

El hombrón asintió y entre los dos llevaron a Lee a un cuarto y lo tendieron en la cama.

Don observó la espuma en los labios del ranchero y dedujo que el veneno era de los que requerían un antídoto a base de alcalinos.

Conque Doris regresó con lo pedido de sales, bicarbonato y agua caliente, e hicieron beber a Lee Graves la pócima.

Unos segundos después, Lee vomitó en abundancia y cambió de aspecto.

Don salió del cuarto.

—Esta vez salió de esto. Aunque será mejor que avisen a un médico.

Doris se apartó un mechón del cabello.

—¿Cómo pudo ser?

—¿Por qué no me lo dice usted, Doris?

—¿Yo? ¿Cree que yo envenené a mi primo?

—Lo único que sé es que usted trajo el café. Y seguro que la taza tenía el veneno pegado al fondo. Veá.

Doris observó la taza que Lee había vaciado y vio pegado algo gomoso al fondo, que no era otra cosa que el veneno.

—¡Dios mío! —exclamó ella.

—Lléveme a la cocina, Doris.

Ella asintió con varias cabezadas y Don la siguió.

Al llegar a la cocina, Don pegó un respingo porque vio que alguien pretendía salir a hurtadillas.

—¡Alto o le dejo seco de un pildorazo, amigo!

El tipo encogió el cuello al verse sorprendido.

Se volvió poco a poco.

Era el *sheriff* Hull.

El bigotudo *sheriff* se veía como un niño pillado en falta.

—Hola —dijo.

—Hola, *sheriff*. ¿Qué hace usted aquí, en la cocina de Lee Graves?

El bigotudo *sheriff* engulló saliva y dijo:

—Estaba escondido en el armario.

—¿Eh?

—Sí, Madox, ya sé que está de muestra. Pero es la verdad y nada más que la verdad.

—Y usted puso veneno en la taza de dos asas que es la que Graves usa siempre, ¿eh?

—Por todos los santos, Madox. ¿Me cree usted un maniático homicida?

—Creo que se ha metido en un aprieto, autoridad. Nadie podría explicar su presencia aquí.

Doris se aclaró la voz.

—Por desgracia, creo que está fuera de toda sospecha.

—¿Sí, eh?

—Sí, señor Madox. Él vino por mí.

—¿Cómo así?

—Ese sabueso cargado de bigotes me arrastra el ala desde hace tres días. Le amenacé con decírselo a mi primo Lee. Pero no escarmienta.

La mirada de Doris se endureció.

—De modo que es eso, ¿eh, autoridad? ¡Muy muy bonito!

—Doris —balbuceó el *sheriff*—, tienes que escucharme...

—Váyase al diablo, viejo verde.

—¡Doris, sólo tengo cuarenta y dos años!

—Pero tiene toda la picardía de un viejo de sesenta. Hala, lárguese y que no le vea más por aquí.

El *sheriff* torció la cara y dijo compungido:

—¿Lo está viendo, Madox? Uno quiere a una mujer y va con buenas intenciones, ¿y qué pago tiene?

—Todavía no me ha convencido de que estuviera aquí por causa de Doris, *sheriff*.

—Lo juro.

Madox entrecerró los ojos.

—¿A quién vio al entrar aquí?

—A Doris. Sólo tengo ojos para Doris.

Ella hizo una mueca.

—¿Se da cuenta, señor Madox? Eso es grave.

El *sheriff* se pasó la mano por la cara.

—La verdad es que vi a un tipo entrar en la casa justo por esta puerta.

—Usted conoce a toda la gente de estos andurriales hasta en el modo de andar, ¿quién era...?

—No sé, Madox... No podría identificarlo...

—¿Quién fue el tipo que vio usted, *sheriff*?

—¡Maldición! —exclamó el de la placa—. ¡Yo soy el que debe hacer las preguntas! ¡Se ha intentado envenenar a Lee Graves y estamos en un caso criminal que yo, como autoridad, debo esclarecer!

—¿Cómo sabe usted que se intentó envenenar a Graves? Nadie lo ha mencionado, *sheriff*.

El *sheriff* tosió muy aprisa.

—Escuché las voces que daban todos en la sala. Conque me dije que lo mejor era levantar el vuelo de la cocina, salir al patio dando la vuelta y entrar en la casa como por casualidad.

—Pero nosotros le encontramos, ¿eh, *sheriff*?

—Ésa es la pura verdad, Madox.

—No me gusta nada —dijo Don pensativo.

—¿Entonces no estoy detenido...? ¡Infiernos! Quiero decir si puedo investigar en la casa.

Don asintió.

—Trabaje, *sheriff*. Que si lo hace en serio, y es buen sabueso, llegue a descubrir que fue usted mismo el que puso el veneno porque le tiene ojeriza a Lee Graves. Infiernos, la verdad es que todos ustedes me están liando de veras.

El *sheriff* salió muy aprisa.

Don se volvió hacia Doris.

—¿Y bien, rubia?

Ella inspiró profundamente.

—¿Para qué querría yo envenenar a mi primo Lee, después de que me acogió en su casa?

—No lo sé, Doris. Pero todos ustedes deben saber que voy a ahondar en esta cuestión... Un momento, Doris.

—¿Qué, señor Madox?

Don observó atentamente las facciones de Doris. Era bella porque tenía la nariz algo respingona, los pómulos salientes y los labios prominentes y muy rojos. Sin embargo, eso la convertía en un tipo común de mujer hermosa y se podía confundir con miles de bellezas.

—Creo que usted y yo nos hemos visto en otra parte, Doris.

—¿De veras?

—Infiernos, tengo que recordarlo.

—¿Qué ha de recordar... Don?

Don entrecerró los ojos. Repasó con la mirada a la rubia.

—Es curioso. Pero a pesar de estar muy lejos de mis zonas de recorrido, la recuerdo de algo.

—Haga un esfuerzo —dijo Doris burlona, pero así estaba más rica, según Don iba comprobando—. Puede preguntárselo a Lee.

—Ya sé, ya... Pero puede ser mentira. Una mentira como un pico, nena.

La rubia se aproximó a Don y abanicó las pestañas.

—Tal vez le ayudara a recordar con algo.

—¿Sí, Doris?

—Con esto. Probemos.

Doris le echó los brazos al cuello.

El beso duró mucho tiempo.

Don no pudo recordar nada. Estaba demasiado pegado al presente para hurgar en el pasado.

Doris separó el rostro. Lo miró de un modo que era como para fundir las piedras.

—¿Ya te viene el recuerdo, Don?

—Tendré que profundizar un poco más en el asunto.

Una expresión de diablesa cruzó el rostro de la hermosa rubia.

—La cocina huele a frituras y no es el lugar más apropiado para las evocaciones, Don.

—Eso digo yo, corazón.

—Esta noche se me quedarán las ventanas abiertas porque tengo la costumbre de regar los tiestos antes de acostarme.

—Esta noche los tiestos van a mi cargo.

—¡Oh, Don! Eres maravilloso...

Ella le saltó al encuentro y tropezaron con los labios otra vez.

Se separaron bruscamente, porque alguien trasteaba en la misma cocina.

Don y Doris se volvieron, viendo al huesudo Max Madison, el segundo de los sobrinos, el que sorbía los líquidos con tanto ruido. Rebuscaba en un armario.

Se volvió con un paquete en la mano.

Los miró con la misma impersonalidad que una momia.

—Dispensen la interrupción. Pero es que la condenada sopa de menudillos me produce ardor de estómago y necesitaba el

bicarbonato.

Tan perplejos estaban, que Don y Doris no rechistaron.

Max se volvió en la misma puerta y sacudió la ceja derecha de arriba abajo.

—Tal vez usted también necesite algo para la digestión, Madox —dijo—. Hay platos muy fuertes.

Y a continuación, salió silenciosamente de la cocina.

Doris se arregló el cabello precipitadamente.

—Será mejor que volvamos con los demás, Don.

—Sí, nena.

Regresaron al salón y vieron que estaba muy concurrido.

Los cuatro sobrinos de Lee Graves ocupaban distintos puntos de la sala.

También estaban allí el *sheriff*, moviéndose de un lado a otro como un león enjaulado, su ayudante, un tipejo de dientes salidos y expresión alelada y un sujeto con aspecto de sapo, pero que se diferenciaba de los batracios porque portaba anteojos de aros y un maletín de médico.

Fue él quien rompió el silencio y levantó la taza del veneno.

—Lee Graves ha estado a punto de no contarlo. Le administraron veneno para cocodrilos.

CAPÍTULO VI

El silencio se hizo más profundo y fue ahora Don Madox quien lo rompió.

—¿Veneno para cocodrilos, doctor?

El hombrecillo con aspecto de sapo lo miró por encima de los anteojos.

—¿Usted es Madox?

—Sí, doctor. Y usted debe ser el doctor Corey.

—Exacto, muchacho. Le felicito por su acierto en el contraveneno. No pudo ser más oportuno, dadas las circunstancias de la falta de medicación apropiada.

—Comprendí que el señor Graves necesitaba un vomitivo de tipo alcalino.

—Demonios, usted sabe tanto como yo.

Don se pasó el dedo por debajo de la nariz.

—Entiendo un poco por veterinaria. Y aunque se salven las distancias, ciertos medicamentos para los animales sirven también para nosotros cuando las circunstancias son idénticas.

—Actuaron rápidamente. Más rápidamente que el veneno para cocodrilos.

William, el mayor de los sobrinos, se apartó de su pared.

—¿Quién diablos puede haber sido el bastardo que le dio eso?

—Miró a sus primos con rencor y masculló—: Juro que si uno de vosotros es el culpable, lo despellejaré vivo.

—Calma, William —dijo Don.

—¿Cómo quiere que me calme, Madox? Han estado a punto de liquidar a tío Lee de la manera más vergonzosa que se pueda imaginar. ¡Veneno para cocodrilos...!

Don frunció el entrecejo.

—Diga, doctor, ¿de dónde puede proceder ese veneno?

El doctor entreabrió la boca. Fue un curioso efecto, pero con las fauces entornadas aumentaba su parecido con un sapo hasta lo increíble.

Don esperaba un graznido, pero salió la voz educada del doctor.

—Ese veneno lo utilizan los indios seminolas para atrapar vivos a los saurios.

—Pues parecía que a Lee Graves iba a agujerearle el veneno hasta la espalda.

—Debe tener en cuenta que el estómago de un cocodrilo tiene las paredes como el cuero. Puede triturar piedras sin ningún esfuerzo. Por eso, los indios emplean ese veneno y sólo llegan a producir una parálisis pasajera en el cocodrilo, que más tarde utilizan para sus ceremonias religiosas.

—¡Hola...!

—Sí, Madox. Todos los que estamos aquí sabemos que los indios seminolas tienen extrañas costumbres.

—Entonces, el tipo que intentó liquidar al señor Graves tuvo que ir muy lejos por el veneno.

—¡No tuvo que ir demasiado, maldición! —Se escuchó la voz cascada del viejo Job, justo en la puerta.

El vejete entró hecho un basilisco.

Don lo miró con simpatía.

—Hola, Job.

—¡Yo les diré quién me robó el veneno que tenía para mis cocodrilos!

Don se le acercó.

—De modo que el veneno era suyo, ¿eh, abuelo?

—¡Y me costó a cinco dólares la media onza! ¡Me lo vendió un misionero que trabajaba a los seminolas allá abajo! ¡Conque la otra vez que quieran envenenar a alguien, que usen matarratas o tendrá que habérselas el tipo conmigo!

Don se pasó el dedo por debajo de la nariz para ocultar una sonrisa.

—No se irrite, Job. Atraparemos al tipo y le haremos pagar un par de onzas.

El vejete acabó por emitir un gruñido de satisfacción.

—Ahora quiero ver cómo está mi amigo Lee. ¡Condenado me

vea...! Si yo pillara al que ha intentado darle la ración, juro que lo iba a rellenar como los cocodrilos que diseco de encargo para adornos de oficinas, tiendas y demás.

—Un momento —interrumpió el doctor Corey—. No conviene que el enfermo sea molestado. Se le ve muy débil.

—Abrirá los ojos cuando vea a su viejo amigo Job —refunfuñó el cazador de cocodrilos.

Don no prestó atención a la discusión porque acababa de ver a través de la puerta del patio exterior a la linda Eve, que se hallaba cuidando de los caballos de ella y de su tío Job.

Don atravesó la puerta y llegó por detrás de Eve.

—Hola, Belinda.

Ella se volvió con una mueca en el rostro.

—Oiga, no estoy para chistes, señor Madox. Conque ahueque.

—¿Qué le pasa? ¿Le mordió el dedo su amigo Ike al darle el caramelo?

Eve se volvió echando fuego por los ojos.

—Escuche, por su culpa no llegamos a tiempo de encontrar a «Ramón» en su baño y se nos esfumaron cerca de cincuenta dólares. Conque ya ve si estoy para aguantarle sus chascarrillos.

—Está bien, Eve. Ya verá como al fin lo acuna en sus brazos.

Eve le dirigió una mirada mordaz.

—¿Como usted tenía a la rubia?

—¿Qué?

—¡Oh, nada! No es cosa que me importe. Pero si juega con esa Doris, se va a crear más dificultades de las que tiene. Debo decirle que pensaba entrar por la cocina. Pero vi el cuadro y di marcha atrás. Soy muy prudente.

Don emitió una tosecilla.

—Sólo ayudaba a Doris a sacarle una pestaña del ojo. No interprete mal ciertas cosas.

—¿Ah, una pestaña? Pues cualquiera habría jurado que le estaba haciendo un trasplante de trepadora. Bueno, de todos modos no es cosa que me importe.

—Eve, es usted la chica más maravillosa que he encontrado en mi vida.

—Me pareció más original eso que dijo de la pestaña que lo que dice ahora.

—Eve.

—No hace falta que se me acerque tanto.

—Es que quiero ayudarla a poner la silla al caballo.

—Me sobran manos, señor Madox. Conque aléjese.

—Lo que le pasa a usted es que vive todo el tiempo entre cocodrilos, muchacha. Y eso afecta mucho al carácter.

—¿De veras?

—No es una profesión para una mujer.

—La desempeño bastante bien, señor Madox.

—Pero es peligrosa.

—Peores son otros cocodrilos que sólo tienen dos patas.

—¿Lo ve? Tiene prevención contra el sexo masculino, Eve.

Eve se volvió, los ojos entornados y las chispas de siempre en las pupilas.

—Los cocodrilos son mejores, señor Madox. Nunca esperan a una mujer entre los cañaverales. O intentan cazarla a lazo descaradamente. O tratan de comprarla. Y eso es lo que encontré con mis vecinos, los sobrinos de Lee Graves. Cambiaría a los cuatro por los cuatro peores saurios del pantano grande.

—De modo que William Cooper también le enseñó los dientes...

—Ése es el peor de todos. Ya me ha dicho cien veces que me va a comprar un rancho para que deje de una vez de alternar con los cocodrilos. La última vez que lo intentó tuve que sacudirle en el lomo con una cola de alligator que tengo disecado en la cabaña.

—¡Vaya con el serio William...!

—Ése está solo serio cuando visita al dentista.

—Bien, Eve. Ya me encargo yo de decirle unas palabritas a los pájaros esos, incluido William.

—Usted ya tiene bastante trabajo con quitarle pestañas del ojo a Doris.

En aquel momento apareció William Cooper. Hizo una mueca al ver a los dos jóvenes.

—Perdonen que interrumpa.

—¿Qué pasa, William? —inquirió Madox.

—Mi tío quiere hablar con usted. Dijo que se diera prisa. A no ser que prefiera seguir con la golosina.

El busto de Eve se enarcó mientras sus ojos destellaban fieramente.

—Señor Cooper, podría llamarme por mi nombre, para variar...
Ya estoy cansada de los apodos.

—No me negará que todos son buenos... Bombón... Pajarito...

—¡Papillas para sus narices!

Madox intervino.

—Cooper, uno debe ser gentil con las damas, no molestarlas, especialmente cuando ellas nos lo piden.

—¿Dónde está la dama? —preguntó Cooper, mirando a su alrededor.

Madox le puso una mano en el hombro.

—Le voy a hacer un ruego, Cooper. No vuelva a insultar delante de mí a una mujer. No lo vuelva a hacer, o le juro que le pesará.

Cooper vio el rostro de Madox, y comprendió que la amenaza iba en serio.

—Estaría feo que usted y yo peleásemos, Madox. Tengo la impresión de que somos las únicas personas en la casa que sabemos conservar la cabeza sobre los hombros... ¿No le parece que debemos ir ya a ver a mi tío?

—Hasta luego, Eve —dijo Don.

Cooper y Madox entraron en la habitación donde estaba Lee Graves tendido en una cama.

El viejo dijo:

—William, sal de aquí.

—¿Por qué, tío?

—Porque esta conversación es privada...

—Como tú quieras, tío... Pero me duele que te confíes a un desconocido antes que a mí.

—Si vas a echarte a llorar, hazlo fuera. No quiero que después del fracasado envenenamiento me ahogues con tus lágrimas.

Cooper hizo un gesto de dureza y salió de la habitación.

—No debió hablar así a William, señor Graves.

—He de tener mano dura con todos... Ya lo ve, otra vez intentaron matarme... Y es el tercer intento.

—Yo he sido testigo de dos... ¿Cuándo fue el primero?

—Hace unos días... Hoy emplearon el veneno para los cocodrilos; antes, aquellas balas que me dirigieron desde el cañaveral... Y la primera vez quisieron dejarme seco a flechazo limpio.

—Cuénteme.

—Fui a dar un paseo por el Lago de las Magnolias, está a un par de millas del rancho, al norte. Es un verdadero paraíso. Allí hay toda clase de árboles y flores, especialmente magnolias... Son las más hermosas que existen en el sur... Tengo la costumbre de ir allí a descansar.

—Y esta vez quisieron que descansase bien..., hasta el final de los siglos.

—Sí, Madox, eso es lo que quisieron. Estaba fumando una pipa cuando oí un silbido. Una flecha se clavó a dos pulgadas de mi cabeza. Apenas tuve tiempo de arrojarme al suelo, cuando ya otro dardo estuvo a punto de agujerearme las tripas. La persona que manejaba el arco estaba escondida entre el follaje... Saqué el revólver y casi me volví loco disparando, pero naturalmente, no di en el blanco... Luego, me marché de allí... ¿Qué le parece, Madox?

—Está claro que lo quieren momificar... Pero, dígame, ¿de quién sospecha?

Lee sonrió con sarcasmo.

—Debería preguntarme de quién no sospecho.

—De modo que los incluye a todos para ocupar el puesto de presunto asesino.

—No se escapa ni el gato.

—Empecemos por el principio, Lee. Se mata por amor o por dinero, o por las dos cosas juntas... ¿Cuál es su caso?

—El dinero, naturalmente.

—Eso imaginaba... Usted tiene un buen rancho, vale una fortuna.

—Unos cincuenta mil dólares...

—Buen bocado para un heredero, y eso me viene bien para hacer la siguiente pregunta. Si usted muriese, ¿quién hincaría el diente al rancho?

—Mis cuatro sobrinos y mi prima Doris, a partes iguales.

—Así que tenemos cinco asesinos, ¿eh, señor Graves?

—Yo no quitaría ninguno.

—Yo tampoco.

—Gracias, Madox, es usted inteligente... He llegado hasta a pensar que los cinco estuviesen de acuerdo... Ya sabe; «Herederos Reunidos, Sociedad Criminal en Comandita».

Don se echó a reír mientras decía:

—Celebro que no pierda el buen humor.

—Desgraciadamente, lo perderé cuando hayan logrado defuncionarme. Después de los tres intentos para meterme en el ataúd, empiezo a creer que van a conseguir heredarme en un corto plazo... Por ello he pensado contratarlo, Madox... No me interrumpa... Quiero que descubra al presunto asesino o asesinos... Que tire de la manta... Le pagaré quinientos dólares por su trabajo. ¿Le parece bien?

—La verdad es que todos ustedes y el ambiente de este rancho han logrado interesarme... Si ahora me marchase, me estaría preguntando durante todo el camino cuándo se lo cargarían a usted.

—Gracias por los ánimos que me da.

—Pero estoy de acuerdo, Lee. Acepto el empleo.

De pronto se oyó un aullido fuera.

—¡Eh! —dijo Lee Graves—. ¿Quién trajo un coyote a mi casa?

—No es un coyote, señor Graves, es un moribundo... —diciendo esto, Madox cruzó rápidamente la estancia y salió al amplio salón de estar.

No vio a nadie, excepto en el hueco que comunicaba con la terraza.

Allí estaba Ed *Full*, el sobrino pequeñajo y nervioso.

Ahora parecía estar más nervioso que nunca, y hasta más pequeño... Tenía los ojos desorbitados.

El mango de un cuchillo le sobresalía del cuello.

Dio un traspie y se vino abajo emitiendo un suspiro.

Por la puerta que comunicaba con el vestíbulo apareció corriendo William Cooper. Se acercó a su primo, y al verlo de bruces, en el suelo, dijo:

—¡Cielos, lo apuntillaron como a una res!

CAPÍTULO VII

Tim Overmaier, el ayudante del *sheriff* Hull, se inclinó sobre el primo Ed, que todavía conservaba puesto el cuchillo. Le puso la mano en la frente. Luego se levantó y dijo:

—Jefe, este hombre está muerto.

El *sheriff* Hull vio los dientes como paletas que asomaban por la boca de su ayudante y sintió ganas de llorar.

—Querido Tim —dijo con voz paciente—, a este sobrino del señor Graves le metieron lo menos un palmo de hierro en la nuca. Eso hace daño, mucho daño... Y por eso se murió.

—Ya lo dije yo, jefe.

Hull dejó por imposible a su ayudante y miró a las personas que estaban reunidas en la sala.

Lee Graves había salido de la cama y ahora estaba sentado en un sillón.

Apareció rodeado por sus otros sobrinos y por la prima Doris.

Al otro lado, ocupando un diván se hallaban Eve Lindom y su tío Job, los cazadores de cocodrilos.

—Aquí falta alguien —exclamó el *sheriff*.

—Está claro, jefe —repuso su ayudante—. Falta el asesino.

Don Madox entró por la terraza y el ayudante sacó el revólver con mucha torpeza.

—Alto ahí, señor Madox... Levante las manos y entréguese...

—¿De qué está hablando, amigo?

—Usted lo mató... Confiese.

El *sheriff* llegó al lado de Madox, a quien miró con un solo ojo porque tenía el otro cerrado.

—Usted se lo cargó, ¿eh, Madox? No le fue simpático... Fue por esa razón... Usted es uno de esos tipos que no consienten nada... Si

alguien tropieza con usted en el salón, se lo carga... Si alguien le mira la rubia, se lo carga...

—Me gustaría hacer una pregunta, autoridad.

—Hágala.

—¿Cómo pudo llegar a *sheriff*?

—Nadie quería el cargo...

El *sheriff* se dio cuenta de lo que había dicho y apretó los labios rabioso.

—Madox... No me tome el pelo... Usted es el único forastero que hay por aquí, y por lo tanto, debe ser el criminal.

Lee Graves rugió desde su sillón:

—¡Es usted un majadero, *sheriff*...!

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído... Un majadero... Madox no pudo matar a mi sobrino Ed, por la sencilla razón de que estaba conmigo cuando el asesino trinchó al muchacho...

—¡Oh, perdone...! Yo...

—¡Cállese de una vez!

—Usted manda, señor Graves... Pero, compéndalo, aquí se ha cometido un crimen y mi obligación es...

—Su obligación es callar y dejar que alguien con un poco de inteligencia le saque las castañas del fuego... Ya hablamos bastante sobre esto... ¡William!

—Dime, tío.

—Vete a la funeraria y compra un ataúd del seis, asas con baño de oro... Ah, y que tenga un buen almohadón para la cabeza... A Ed siempre le gustaba tenerla alta...

—Sí, tío...

—Avisa al reverendo... El funeral se celebra mañana a las once... Recuerda también a los muchachos que preparen una buena corona.

—Espere un momento —intervino Madox.

—¿Qué le pasa? —preguntó Cooper.

—Descubrí algo en la terraza, una mecedora.

—Es la mecedora en que yo me siento —dijo Lee Graves.

—Ya lo imaginé, señor Graves. Creo que a Ed lo mataron por confusión.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el *sheriff*.

—Es la mar de sencillo, autoridad. El asesino creyó que apuñalaba a Lee Graves. El lugar donde se halla la mecedora está en la penumbra... Ed se debió sentar en ella para tomar el aire.

—¿Cómo le pudieron apuñalar en el cuello estando sentado en la mecedora?

—Debió oír pasos por detrás y fue entonces, al levantarse, cuando el asesino le clavó el cuchillo... Quizá en el último momento el criminal se dio cuenta de que su víctima no era la deseada, pero ya no tenía tiempo de retroceder.

—Sí, eso parece razonable —asintió Lee Graves.

El *sheriff* se rascó una patilla.

—Si usted sabe tanto, Madox, ¿por qué no nos dice de una vez quién es el que manejó el arma homicida?

—Perdone, *sheriff*. Pero mi bola de cristal se empañó.

—Muy chistoso.

Lee Graves dijo:

—Todo este jaleo me ha producido una fuerte jaqueca. Yo me voy a la cama. Madox, ¿quiere acompañarme, por favor?

Minutos después, el rancharo y Madox se encontraban otra vez a solas en la habitación del primero.

—¿De veras no sabe todavía quién es el asesino, Madox?

—No, señor Graves. Si lo hubiese sabido, no habría vacilado en señalarlo...

—Yo tengo un sospechoso...

—¿Quién?

—Naturalmente, es uno de mis otros tres sobrinos... Max Madison...

—¿Por qué sospecha usted de él?

—Tiene afición por el cuchillo. Lo maneja estupendamente... Es un lanzador de primera categoría... Muchas veces lo he visto entretenido clavando su cuchillo en un árbol.

—Es un buen indicio, pero no una prueba.

—Trabaje al muchacho y quizá consiga algo.

—Lo tendré en cuenta.

—Ya ve lo que ha pasado. Si no se da mucha prisa, todo lo que haga no servirá para nada, porque en cualquier momento puedo morir.

—Volviendo al testamento, imagino que ahora que ha muerto Ed

Full, su parte se repartirá entre los otros herederos.

—Sí, Madox.

Madox carraspeó.

—Me dijo muy poco de Doris, señor Graves.

—Ya sabe, es mi prima...

—¿Cuánto tiempo hacía que no la veía?

—La verdad es que desde niña...

—Eso supone muchos años...

—Más de veinte... La última vez que vi a Doris era una chiquilla pecosa. No tendría más de seis o siete años... Yo no me entendía con la familia. Por eso los dejé a todos con un palmo de narices y me lancé en busca de mi vellocino de oro.

Don se miró las uñas de su mano derecha.

—¿Cómo sabe usted que ella es su prima Doris?

—¿Eh?

—Ya lo ha oído, señor Graves... ¿La identificó quizá por alguna marca especial? ¿Alguna cicatriz?

—No, no fue por una cicatriz...

—No me diga que es por sus pecas... Sólo tiene dos o tres en la nariz, y conocí muchas mujeres que tienen más que esa rubia...

—Doris me enseñó un daguerrotipo. Ahora creo que le llaman fotografía...

—¿Quiénes están en esa fotografía?

—Sus padres y ella...

—Comprendo. Una fotografía de la Doris actual...

—No. De la Doris niña...

—Bueno, señor Graves, eso no prueba que es su prima Doris... Alguien pudo darle la foto a ella... Por ejemplo, la verdadera Doris...

—Pero ella me habló de sus padres y de mí... No mucho, claro... Se refirió a algunos recuerdos vagos...

—Y para usted fue suficiente.

—¿Por qué no había de creer que era Doris? No tiene a nadie en el mundo... Se encontraba mal en Nueva Orleans y el médico le aconsejó el cambio de aires...

—Me temo que ningún doctor aconsejaría a un enfermo esta parte de Florida, para aliviar su dolencia. Ya lo ve, mire a su alrededor... Usted ha logrado establecer este rancho, pero ¿de qué

está rodeado? De pantanos, de tierras movedizas, de animales dañinos y de mosquitos...

—Aquí se goza de un buen sol... Quizá fue eso lo que le recetó el doctor a Doris...

A pesar de todo, la voz de Lee Graves era ya muy insegura.

Hubo un silencio y el ranchero dijo:

—Usted está pensando que Doris es una impostora y que ella pudiera ser la asesina.

—No he dicho que sea nada de eso... Usted me ha encargado de un trabajo... Impedir que lo maten... Aquí hay mucha gente, demasiada, y he de sopesar todas las posibilidades.

—Deje en paz a Doris.

—Lo siento, señor Graves, pero no puedo excluir a nadie... El *sheriff* me dijo que había visto a alguien en la cocina poco antes de que a usted lo envenenasen... Un tipo al que no había podido identificar... Y Doris había estado en la cocina preparando el café.

—Usted supone que ese tipo tiene algo que ver con Doris, y que él pudo verter el veneno en mi taza.

—¿Por qué no?

Graves hizo chasquear la lengua.

—Tenga cuidado con los patinazos, Madox. Siempre son peligrosos.

—Lo sé —dijo Don—. Y procuraré no pegarlos.

* * *

Madox abrió la puerta de la habitación de Doris.

La rubia se estaba peinando frente al espejo y dio un grito de sorpresa.

—¿Entra siempre sin llamar en la habitación de una mujer?

—Lo hago desde que me di cuenta de que, llamando, uno se puede perder grandes cosas.

—Pues no tuvo suerte esta vez.

—No —convino Don.

La enlazó por el talle y la atrajo hacia sí.

Sus bocas se unieron y permanecieron así durante cinco segundos.

Al separarse, él dijo:

—Es curioso cómo de pronto le vienen a uno las cosas a la

memoria...

—Sí, es curioso... porque ahora mismo me he acordado de que mañana tengo que ir a la ciudad por un encaje que encargué al almacenista Smith.

—Y yo he recordado otra cosa... El lugar donde te conocí... Fue en Kansas City y entonces te llamabas Sandra...

—Oh, no, Don —sonrió la joven—. Nunca he estado en Kansas.

—Y, naturalmente, siempre estuviste en Nueva Orleans... Tu nombre siempre ha sido Doris.

—Correcto, querido...

—Sandra era morena.

—¿Ves? Yo soy rubia...

—Un rubio que lograste con el agua oxigenada...

—¡Oh, no, de ninguna manera...! Mi rubio es natural.

Madox la seguía enlazando por la cintura, levantó la mano tomó unos cuantos cabellos y dio un tirón.

La joven lanzó un grito y se apartó de él.

—¿Qué haces, bruto?

Madox observó la raíz del cabello.

—Es lo que yo decía... Te transformaste en rubia gracias al agua oxigenada... ¿Qué dices ahora?

Los senos de la joven se agitaron en su encierro.

—¿Y qué, si era morena? De pronto me gustó ser rubia.

—Te interesó ser rubia, porque de esta forma podrías pasar por la prima Doris.

—¿De qué estás hablando?

—Nena, ha llegado el momento de contarnos la verdad... Admito que tu plan fue muy lindo. Te informaste de que Lee Graves era un ranchero con mucha plata y que él tenía una prima llamada Doris... Estoy dispuesto a jurar que conociste a la verdadera Doris... Fue ella quien te dio la fotografía y tú decidiste aprovecharla como documento de identidad. La estratagema surtió efecto... Lee Graves te admitió como su prima Doris, e hizo algo más todavía. Te incluyó en su testamento.

Los ojos de Doris despedían chispas de furia.

—¡Sabueso maldito!

—Cálmate, nena...

—¡Te voy a sacar los ojos!

—Recuerda que tu objetivo no es dejarme ciego, sino matar a Lee Graves, para que puedas heredarlo en seguida.

—¡Sal de aquí!

—Tienes un cómplice...

—Sólo estás diciendo tonterías.

—El *sheriff* vio a un hombre en la cocina... Tú sabes perfectamente quién era ese tipo, porque los dos estáis de acuerdo para atrapar un trozo del pastel... Será mejor que lo confieses... Te he descubierto, y tú no querrás que te quite la máscara delante de Lee Graves.

La rubia dio un chillido y cayó sobre Don Madox como una gata salvaje.

Madox tuvo que poner en juego su agilidad para evitar que la hermosa mujer llevase a cabo su amenaza de dejarlo ciego.

Logró tomarla por las muñecas.

En el forcejeo, los dos cayeron sobre una piel de oso. Dieron vueltas sobre ella.

La joven trató de morderlo.

Madox tuvo que hacer uso de toda su fuerza para inmovilizar a su airada enemiga.

—Quieta, fierecilla...

—¡Te voy a matar! ¡Te comeré el hígado! ¡Y los riñones...!

—No sabía que fueses antropófaga...

—Contigo voy a serlo por primera vez en mi vida...

—Eres Sandra.

—Sí, lo soy... ¿Qué pasa?

—¿Qué fue de la verdadera Doris?

—Murió... Y no me digas que yo la maté porque entonces masticaré también tu corazón.

—¿Cómo conociste a Doris?

—Éramos compañeras...

—¿Dónde?

—En Kansas City... Ella y yo trabajábamos... En un *music-hall* de la calle Jefferson... La Tortuga Ligera.

—He estado un par de veces en La Tortuga Ligera y sé la clase de espectáculos que se dan allí... Las chicas que están contratadas en aquel lugar se resfrían con mucha frecuencia...

—Está bien... Yo era una de esas chicas y Doris otra... Y es

cierto lo de los resfriados... Doris murió de una pulmonía. Me había hablado de su primo Lee Graves... Tenía un rancho en Florida, cerca de Tarpon Spring... Doris estaba reuniendo dinero para pagarse el viaje... Me decía que estaba segura de que su primo la acogería en el rancho... Una vez llegase aquí, no tendría que preocuparse de nada. Lee Graves no tenía hijos, sólo sobrinos. Y ella, al fin y al cabo, era su prima... Confiaba en que Lee Graves se acordaría de ella al hacer testamento... Sólo estando aquí en el rancho conseguiría que no la olvidase a la hora de su muerte... ¿Te das cuenta, Don? Ella se estaba muriendo y me habló... Me dijo que yo no debía continuar allí siendo una esclava, una cualquiera... ¿Por qué no ocupaba su lugar? Al fin y al cabo, su primo no la conocía... Me contó algunos recuerdos de tipo familiar... De sus padres, de ella y de Nueva Orleans... La pobre Doris hizo mucho más por mí... Me dio sus ahorros. Dijo que reuniendo su dinero y el mío, yo podría pagarme el pasaje hasta el rancho de Lee Graves. Ahora ya lo sabes todo... Y puedes hacer lo que quieras... Anda, corre y cuéntale todo al señor Graves... Dile que sólo soy una impostora.

Madox se separó de la joven y se puso en pie.

Ella también se levantó, frotándose las muñecas para restablecer la circulación de la sangre.

—¿Quién es él? —preguntó Madox.

—¿Él?

—El tipo que estaba en la cocina.

Doris se mordió el labio inferior.

—Mike Leigh...

—¿Vino contigo desde Kansas City?

—Sí.

—¿Tu marido?

—No.

—Tu novio, ¿eh?

—Un miserable que se me pegó a la falda... Tú no lo creerás, pero al principio él y yo simpatizamos. Sostuvimos relaciones... Me trató muy bien. Creí que era el hombre que había estado esperando... Pero luego me di cuenta de que era un sinvergüenza... Me pedía dinero como préstamo, pero nunca me lo devolvía. Traté de librarme de él. Entonces comprendí lo difícil que sería eso... Me

amenazó con acuchillarme la cara, me la pondría como un mapa de tal forma que ni los negros me querrían como compañera... Luego ocurrió lo de Doris... Creí que había llegado el momento de borrar mi pasado. Mike Leigh estaba incluido en el lote de cosas que yo quería olvidar... Pero me sorprendió cuando estaba haciendo la maleta. Le dije que se largase... Empezó a golpearme, quiso saber a dónde me dirigía, cuál era mi plan... Yo no se lo quería decir, pero siguió golpeándome hasta que me sacó la verdad... Entonces se puso a besarme, y a sonreír, y a decirme que todo iría bien para nosotros... y que haríamos el viaje juntos...

La rubia hizo una pausa, apretándose las manos sobre el estómago.

—Quise desistir, pero él ya había dispuesto el futuro para los dos. Viajaríamos hasta Tarpon Spring... Yo me presentaría en el rancho haciéndome pasar por Doris... Quién sabe si, con un poco de suerte, Lee Graves moría pronto... Pero si tardaba un poco no había que preocuparse... Mike sabe manejar bien las cartas... Jugaría y de esa forma sacaría dinero para vivir, hasta que llegase el momento de recoger la herencia...

—Ya entiendo. Mike Leigh ha querido que tú seas heredera antes de tiempo, sin necesidad de esperar a que Lee Graves muera de muerte natural.

—No sé nada de eso...

—Admite al menos que él fue quien puso el veneno en la taza de Graves... Tú quisiste quitárselo de la cabeza, pero él te volvió a amenazar.

—No... Te juro que no fue así, Don... Mike vino a verme, entró por la puerta trasera, pero no me dijo que trajese veneno...

—¿Por qué vino a verte?

—Dijo que había tenido mucha suerte, que había ganado en una partida cincuenta dólares, y que mañana fuese por la ciudad para festejarlo juntos.

—¿Dónde se aloja?

—En el hotel Tampico.

—Gracias, Sandra.

Madox se dirigió hacia la puerta.

—Don... —dijo la rubia.

—¿Qué quieres?

—¿Vas a contárselo a Lee Graves?

—Todavía no. Primero quiero hablar con Mike Leigh.

—Ten cuidado... Maneja muy bien el revólver. Especialmente el de cañón corto... Lo guarda en los lugares más insospechados... Y no es un hombre que pelee de frente. Siempre lo hace a traición.

—Tendré en cuenta tus informes.

CAPÍTULO VIII

Mike Leigh era rubio, con ojos verdes y sonrisa agradable. Podía pasar por el hombre más simpático del mundo cuando jugaba al póquer.

Acababa de abatir sus cinco naipes, mostrando un «*full*» de ases.

Con ello ganaba los catorce dólares que había en el pozo. Eso hacía aumentar sus ganancias de ochenta y tres dólares.

Desde que llegó a Lakeville la suerte le había sonreído. Pero aquello era poca cosa comparado con el otro negocio. El de la herencia de Lee Graves.

Sus compañeros de juego se levantaron, dando por terminada la partida.

—Les concederé la revancha cuando quieran, caballeros —dijo Mike.

Un tipo gordo sacudió la cabeza.

—Mañana a la misma hora.

Los otros soltaron gruñidos de asentimiento.

—Les invito a un *whisky* —dijo Leigh.

La generosidad formaba parte de su sistema de juego. Había que tener contentos a los primos. Ya los había invitado a dos *whiskys* por cabeza en el transcurso de la partida. Y siempre que invitaba, agregaba unas palabras: «El dinero es para gastar. Que se le pudra en el bolsillo al que lo guarde».

Los primos siempre reían los chistes. Aceptaban las invitaciones y luego iban diciendo que Mike Leigh era un tipo agradable.

Leigh dio una palmada en el mostrador, y dijo:

—Cinco vasos hasta el borde, pelirrojo.

El hombre que estaba al otro lado de la barra, y que tenía el cabello rojizo, preparó los cinco vasos.

—Por ustedes —dijo Leigh, brindando.

Después de beber se despidieron.

Mike se frotó las manos. ¿Qué hacía ahora? Era una pena que no tuviese allí a Sandra. No es que le gustase mucho la muchacha. Tenía la buena costumbre de no enamorarse de las mujeres porque ellas eran como los naipes. Venían a uno como por encanto, misteriosamente, y lo abandonaban a uno en el momento más inesperado, con parecido misterio.

—Hola, Mike —oyó una voz a su lado.

Miró a aquel tipo. No lo había visto en su vida.

Tenía buena planta y parecía gozar de una salud envidiable. El color de su piel denotaba al hombre acostumbrado a ir por los grandes espacios libres. No como él, Mike, que tenía la piel un poco cetrina porque pasaba más tiempo encerrado en una habitación respirando el humo del tabaco que el aire puro.

—¿Me conoce, amigo?

—Sí, he oído hablar de ti... Eres Mike Leigh...

—¿Y tú quién eres?

—Don Madox...

—Ya recuerdo, el muchacho que ha traído los bueyes para el señor Graves...

—Correcto.

—La gente que ha dicho por aquí que has hecho una heroicidad, Madox, pero yo digo que es una tontería... Anda, dime, ¿qué es lo que te pagaron por los once bueyes?

—Dos mil dólares.

—¿Y cuántos te tocan a ti?

—Unos novecientos, pero a eso hay que agregar el coste del transporte y el forraje...

—Apuesto a que no ganaste más de seiscientos.

—Por ahí, por ahí...

—¿Lo ves, Madox? Pasaste un montón de peligros para ganar seiscientos dólares... No digo que la cantidad sea mala, pero seguro que en algunas ocasiones estuviste a punto de perder el pellejo.

—De todo hubo... Pero ahora estoy satisfecho porque traje los bueyes que me pidieron.

—El señor Graves debe estar satisfecho contigo.

—Lo está. Y por eso me ha contratado.

—De modo que te vas a quedar en el rancho para trabajar...

—Sí, me quedaré unos días... Pero no voy a hacer el trabajo que tú crees... Se trata de algo especial.

—¿Qué cosa?

—Voy a impedir que lo maten.

Mike Leigh frunció el entrecejo.

—¿Van a matar al señor Graves?

—¿No lo sabes, Leigh?

—¿Por qué tenía que saberlo?

—Han intentado tres veces liquidar al señor Graves. Primero con flechas en un lugar llamado el Lago de las Magnolias... La segunda vez le dispararon desde un cañaveral, y la tercera vez le sirvieron en el café una ración de veneno para los cocodrilos...

Mike se echó a reír.

—Ya tiene lana ese Graves de haberse librado las tres veces.

—Mucha lana —asintió Madox.

—Las cosas están claras para mí, Madox... Y por eso creo que tu trabajo no va a ser difícil.

—¿No?

—He oído hablar que había cuatro sobrinos, aunque ahora sólo quedan tres porque se cargaron a uno...

—Sí, eso es cierto.

—Yo veo así las cosas... Uno de los tres sobrinos supervivientes es el que se ha empeñado en acabar con el resto para quedar como único heredero del rancho.

—No está mal la idea...

—¿Y sabes una cosa, Madox? No te voy a cobrar nada por ella...

—Te has olvidado de nombrar a un heredero.

—¿Hay más?

—Sí. Eran cinco, y ahora quedan cuatro... Olvidaste mencionar a Doris, la prima del señor Graves.

—Oh, sí, la he visto por aquí alguna vez... Parece una mujer con mucho temperamento...

—Ella me recordó a una mujer que conocí en Kansas City... A una muchacha que trabajaba en el *music-hall* La Tortuga Ligera... Se llamaba Sandra.

Los ojos de Mike, ahora desprovistos de vida, eran como los de uno de aquellos saurios que Madox había visto en los pantanos.

Había guardado silencio tras la revelación de Madox.

—¿No la conociste tú también, Mike?

—Hace más de diez años que no voy por Kansas City...

—Mis informes son otros. Estuviste en Kansas City hace poco...

Y justamente visitabas con mucha frecuencia La Tortuga Ligera.

La cara de Leigh pareció convertirse en piedra.

—Termina de una vez, Madox.

—Está bien. Acabaré... Sandra es Doris... Tú estabas liado con ella en Kansas City... A Sandra se le había ocurrido hacerse pasar por Doris, su amiga muerta... Sandra quería plantarte, pero tú la convenciste con jarabe de palo... Este negocio lo ibais a hacer juntos.

—¿Qué más?

—Para vosotros, el premio consiste en que ella herede... Y por tanto, hay un tipo que está viviendo de prestado... Lee Graves.

Mike inspiró profundamente.

—Eres un sabelotodo, Madox...

—Me gusta informarme de lo que ocurre a mi alrededor, especialmente cuando se relaciona con el trabajo para el que me han contratado.

—¿Hablaste con ella?

—Sí. Y ya confesó.

—¿Le dijiste a Graves que ella no es su prima?

—No, todavía no...

Ahora en los labios de Leigh se dibujó una sonrisa.

—Ya entiendo, Madox... Eres un tipo listo... Descubriste nuestro secreto y te dijiste que para ti también habría parte... De acuerdo, muchacho. Eso se llama chantaje... Pero yo soy un fulano que sabe perder...

—Tú lo arreglas muy bien, Mike.

—No creas que te vas a ganar tu parte sin trabajar, Madox... Habrá un tercio para ti, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Vas a acabar con Lee Graves...

—Debo matarlo, ¿eh?

—No emplees esa palabra... Está fea... Además, este lugar es ideal para que ocurran accidentes... Te será fácil, Madox... Tú mismo has dicho que Lee Graves ha simpatizado contigo, hasta el

punto de contratarte como guardaespaldas... Seguro que te lo puedes llevar a las arenas movedizas... Una vez que esté allí, con tal de que le des un empujón, te podrás librar de él...

—No está mal...

—Nunca habrás ganado dinero tan fácilmente... Una vez Graves esté muerto, se procederá a la lectura del testamento... Doris es una de las herederas, nuestra querida socia... No es mi intención que ella se quede aquí con el trozo de tierra que le corresponda... Venderemos nuestra parte a los otros herederos... No, muchacho, este lugar no me gusta. Prefiero California...

—Me gusta el negocio. Y fuiste previsor, Mike... Liquidaste a uno de los sobrinos para que la parte de Sandra aumentase...

—¿De qué estás hablando?

—De la muerte de Ed *Full*...

—¿Crees que yo lo maté?

—Ahora no tienes que negarlo, somos socios.

—No, muchacho, yo no maté a Ed *Full*...

—Éste es el momento de que nos sinceremos, Mike.

—Es lo que estoy haciendo contigo... Y te repito que yo no maté a Ed *Full*...

Madox hizo una pausa, y finalmente cabeceó.

—Estoy dispuesto a creer que no fuiste tú... Como asesino eres un fracaso... No pudiste matar a Graves con las flechas, ni con las balas ni con el veneno...

Leigh se echó a reír.

—Oye, chico... No tuve que ver nada con esas cosas... No disparé las flechas, ni las balas ni eché veneno en la taza...

—Voy a admitir por un momento que no disparaste las flechas ni las balas... Pero no te vas a librar del veneno... Tú estabas en la cocina cuando Doris preparaba el café...

—¿Te lo dijo ella?

—Sí, me lo dijo ella.

—Está bien. Voy a admitirlo, pero sólo estuve allí un par de minutos.

—El tiempo suficiente para poner el veneno en la taza...

—No, Madox... Ni me fijé siquiera en que Sandra iba a servir el café a Graves... Sólo fui allí porque hacía unos días que no veía a la muchacha... Tenía ganas de echar una canita al aire...

—Tú mismo has confesado que lo que te interesa es la herencia de Sandra... Por ello viniste a Lakeville, y estás deseando terminar para marcharte...

Leigh dio un suspiro.

—Sí, Madox... Todo eso es cierto... Vinimos aquí para heredar a Lee Graves, pero te repito que yo no he intentado matar al fulano en ninguna ocasión. Y ya que estamos franqueándonos, te diré otra cosa. Pensé hacerlo, pero entonces me contaron lo de las flechas... Yo no había sido, ni Sandra tampoco, por lo tanto, pensé que había otra persona que quería cargarse a Graves... Cuando Sandra me dijo cómo eran los cuatro sobrinos, llegué a la conclusión de que los cuatro estarían deseando cargarse a su tío... ¿Por qué molestarse? Si yo intentaba matar a Lee Graves, me podían atrapar y no me gusta la corbata de cáñamo alrededor de mi cuello... Llegué a la conclusión de que éste era un negocio fácil, que sólo había que esperar... Ya ves, tenía razón. Han intentado matarlo otras dos veces después de lo de las flechas... Pero ahora que eres nuestro socio, te vas a encargar de eso... El asesino está demostrando ser muy torpe. Tú lo harás mucho mejor...

—No. Mike... No voy a matar a Graves.

—¿Cómo?

—Acepté el empleo de Graves.

—Sí, eso ya lo dijiste.

—Y voy a poner todo mi esfuerzo en impedir que lo maten.

—No estás en tu sano juicio...

—Ya lo has oído, Mike... Y sólo tengo una palabra.

Otra vez el rostro de Leigh se demudó.

—Lo único que quieres es que yo te dé más dinero.

—No...

—Está bien, sé hacerme cargo de la valía de las personas... Te daré la mitad...

—No, Mike, no lo puedes arreglar con dinero... Y te voy a dar un consejo... Lárgate de aquí...

—Nadie me puede echar de Lakeville.

—Yo, sí.

—Piénsalo mejor, Madox.

—Ya está pensado y decidido.

—Creo que adivino tu juego... Quieres suplantarme, ocupar mi

puesto al lado de Sandra —forzó una sonrisa y enseñó los dientes—. Es eso, ¿eh? Tú y Sandra os pusisteis de acuerdo para dejarme fuera.

—No, Mike, no hay nada de eso... Ya te lo he dicho. Mi única misión va a consistir en impedir que maten a Lee Graves y en descubrir al asesino de Ed *Full*... Si no tienes nada que ver con eso, echa a correr. Si te quedas, sólo puedes conseguir una cosa: Una bala en el corazón o esa corbata de cáñamo que no te gusta...

Don Madox dio media vuelta y salió del local.

En la puerta del almacén vio a Eve, quien intentaba cargar un barril muy pesado en un carromato.

Un tipo grandullón se acercó a la muchacha por detrás.

—Deja que te ayude, preciosa.

Con la supuesta intención de ayudarla, la abrazó por la espalda para tomar el tonel, pero lo que hizo fue abrazar a la muchacha.

—Suélteme, oso peludo —dijo la joven.

Cuatro hombres que haraganeaban sentados en la acera de tablones se echaron a reír. La escena prometía ser divertida.

—Jimmy, enséñanos cómo se trata a una dama —dijo uno de ellos.

Jimmy no había soltado el barril, y por tanto tampoco a Eve.

Ahora la muchacha le dio un pisotón.

—¡Apártese, baboso!

Tenía razón para decir aquello porque Jimmy tenía su hocico casi en la cara de ella.

—Pero, nena, yo sólo quiero ayudarte a poner la barrica en el carro.

Jimmy, que era un tipo muy fuerte, levantó en el aire al barril y a la muchacha.

Eve pataleó.

—¡Maldito, le voy a romper un hueso!

Diciendo eso, le pegó un codazo en el estómago.

Entonces, Jimmy abrió los brazos y la barrica y Eve rodaron por el suelo.

La joven se levantó llena de polvo, los ojos llenos de furia.

—Eso lo va a pagar.

—Claro que lo voy a pagar —contestó Jimmy riendo—. Y va a ser ahora mismo... Con un beso.

—Atrévase a acercarse a mí y lo dejo chato de un puñetazo.

Los tipos que se hallaban sentados en la acera se desternillaban de risa.

Jimmy abrió los brazos y avanzó hacia Eve como lo hubiese hecho un auténtico oso.

—Ven aquí, monada...

La joven cometió un error al no correr. Sus espaldas tocaron la plataforma del carro.

Jimmy se dispuso a abrazarla.

Entonces oyó una voz ronca:

—Déjela, compañero.

Jimmy se interrumpió. Miró a la derecha, por donde había aparecido Don Madox.

—Eh, usted... No se meta en esto.

—¿Por qué no he de meterme?

—No es asunto suyo.

Uno de los hombres que estaban sentados se levantó. Era fuerte como Jimmy.

—¿No sabes quién es? Aquí tienen al héroe... El tipo que trajo los bueyes de Graves... Dicen que se comió crudos a los caimanes que intentaron atrapar a sus animales... Por eso seguramente simpatizó con la chica. Ella también caza caimanes.

—Seguro, Barton —dijo Jimmy—. Anda, muchacho, quitemos de en medio a ese tipo y luego continuaré el número con la muchacha.

—Ahora mismo será servido —dijo Barton.

Disparó su puño contra Madox, que se había quedado tan quieto como si hubiese echado raíces. Pero, de pronto, saltó a un lado, y Barton, que había puesto toda la fuerza en su brazo, cayó de bruces en tierra levantando una ola de polvo.

En aquel lugar se había hecho un gran silencio.

Barton se levantó como impulsado por muelles. Estaba ebrio de rabia.

—No huyas, cobardón.

Se lanzó sobre Madox como una máquina de tren.

Don trató de frenarlo con un directo al plexo solar.

Se produjo un pitido al escapar de golpe el aire que Barton contenía en sus pulmones. Luego jadeó y todo ello le hizo parecer más que nunca una máquina a vapor de la Union Pacific.

Fue debido a dos impactos terribles de los puños de Madox, uno en el hígado y otro en el maxilar inferior.

Barton emprendió un viaje de retroceso, y como no tenía ojos en la nuca, no pudo ver el obstáculo que había detrás.

El abrevadero...

Se produjo la colisión.

Barton dio una tremenda vuelta de campana y cayó por la otra parte del abrevadero.

Quiso levantarse, pero algo le molestaba en la boca y lo escupió. Dos muelas. Luego puso los ojos en blanco y se tendió en el suelo.

Jimmy, al ver lo que le había ocurrido a su compañero, corrió sobre Madox para vengarlo.

Algo borroso se interpuso en su camino.

Sonó un terrible chasquido.

Otra vez el puño derecho de Madox había hecho de las suyas.

Jimmy embistió con la cabeza, igual que una res loca, una de las columnas que sostenían el porche de la barbería de Aristóteles Smith. El barbero siempre había estado orgulloso de lo fuerte que era su casa. Y ahora probó que no era pura jactancia.

El poste aguantó la tremenda embestida del testuz de Jimmy, porque fue éste quien perdió en aquel inesperado desafío.

Dio un traspie tambaleándose, soltó unos gruñidos ininteligibles y se derrumbó sin conocimiento.

Don Madox miró a los hombres que continuaban sentados en la acera, los cuales ya no reían desde hacía un buen rato. Y ahora parecían estatuas.

—¿Alguien más quiere besar a la dama?

Ninguno de los tipos abrió la boca para contestar.

Entonces, Madox tomó el barril que estaba en el suelo y lo puso en el carromato.

A Eve le ocurría lo mismo que a los demás personajes. Había perdido el don del habla.

—Demonios —pudo decir al fin—. Usted es un huracán.

—¿Vas a subir al carro? —preguntó él para ayudarla.

—No. Aún me he de quedar un buen rato en el pueblo. Vengo poco por aquí, pero cuando lo hago, tengo que encontrar todo lo que tío Job y yo necesitamos. —La joven se mojó los labios con la lengua—. Si usted quiere, podemos irnos juntos... Si es que se va a

quedar...

—Sí, yo también he de ventilar algunos asuntos.

—Entonces, ¿dentro de una hora aquí?

—De acuerdo.

—Usted es forastero. Dígame dónde va y quizá yo le pueda informar...

—Voy a visitar a una mujer.

—¿Una mujer...? —repitió ella con tono decepcionante.

—Sí. La cubana Maribel.

—Ya entiendo... Sería extraño que usted no fuese también con ella.

—¿Por qué extraño?

—Porque todos los hombres revolotean alrededor de esa cubana como mariposas sobre una vela.

Madox sonrió.

—Ya estoy deseando conocerla.

Ella levantó la barbilla.

—Vaya, y que le aproveche.

—Recuérdelo, Eve; dentro de una hora aquí.

—Ya sé desde ahora que me tendré que ir sola... Seguro que una hora le parece muy poco tiempo para estar con ella.

—Ya veremos —dijo Madox, y llevando una mano al ala del sombrero se alejó de ella.

CAPÍTULO IX

La cubana Maribel se estaba preparando para interpretar el número de gran éxito «Qué calor que siento, caballero».

Era algo especial, no apto para cardíacos, ya que en el transcurso de la canción, a causa del calor, Maribel iba dejando una prenda aquí y otra allá sobre el escenario.

Y al final pasaba frío, porque sólo se quedaba con la ropa interior. De pronto, unas manos la atraparon por el cuello.

Maribel dio un grito.

Una boca la besó en la mejilla.

—¡Ty! —exclamó—. ¿Cuándo vas a perder la costumbre de darme esos sustos?

—Cariño, ¿es que no notas mi presencia por el olfato?

—¿Te has creído que soy una perra?

—Eso te lo habrán dicho alguna vez, antes de que yo te conociese, pero muy pronto serás la señora Damon, la primera dama de Lakeville. Y nadie se atreverá a buscar entre tus antepasados a ningún can.

—Si yo estuviese en tu lugar, dejaría los chistes para mejor ocasión.

—¿Pasa algo?

—¿Te atreves a preguntarlo, Ty? Me quedé en Lakeville por ti, en este corral de vacas... Un empresario de Abilene quiso llevarme allá. Aquello sí que es una gran ciudad...

—Tu sacrificio será recompensado.

—Me dijiste que muy pronto serías rico.

—Y es verdad.

—Tú y tus grandes proyectos. Dijiste que tu tío Lee iba a estirar la pata de un momento a otro y que heredarías un buen pellizco.

—No falté a la verdad cuando te dije eso.

—También añadiste que tenías la impresión de que a tu tío Lee le quedaba menos vida que a un gato en el restaurante de Dolores... Mentiste, Ty... Tu tío goza de la mejor salud...

—¿No te informaste...?

—¿De qué?

—Liquidaron a mi primo Ed *Full*... ¿Sabes lo que eso quiere decir?

—Sí, ya sé que lo mataron y tu parte de la herencia será un poco más grande.

—Correcto, nena.

—Debo alegrarme mucho, ¿verdad, querido?

—Yo estoy alegre.

—Eres un simple... Un desgraciado...

—No me digas eso, si no quieres que te marque como a una res.

—¿Pero de qué nos sirve que haya muerto Ed si tu tío sigue viviendo?

—No será por mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo has oído, que morirá.

—¡Oh, sí...! Todos tenemos que morir —repuso ella con sarcasmo—. Un día u otro nos llega la hora, y también Lee Graves tendrá que irse al hoyo... Pero eso puede ocurrir dentro de veinte años... ¿O serán treinta?

Ty la tomó por el cabello.

—Cuidado, me despeinas...

—Mi tío va a morir mucho más pronto de lo que crees.

—¿Por qué?

—Porque yo lo digo y basta. No me saques de mis casillas, Maribel, o te acordarás de mí.

La cubana vio en los ojos de él que estaba muy excitado.

—Cariño, siempre he confiado en ti, ¿crees que de otra forma me habría quedado en Lakeville?

Él sonrió.

—Ya sé que confiaste en mí, pero sería mejor que siguieses confiando...

—Sí, Ty... Ahora déjame, que voy a hacer el número.

—Tu número... —repitió él con desprecio—. Ya estoy harto de

que cantes y bailes para esa pandilla de energúmenos.

—Tú sabes que no tengo más remedio que hacerlo. ¿De qué voy a comer?

—Me ponen enfermo sus rebuznos...

—Pierde cuidado, lo importante es que no me tocan. Exigí al empresario que me pusiese dos guardaespaldas. Y hasta ahora ha cumplido. Esos dos muchachos saben tener a raya a los que se exaltan demasiado y se ganan bien el sueldo... Todas las noches han de romper la cabeza a alguno de los atrevidos.

—Te he dicho que estoy harto de todo esto.

—Querido, tú eres el que tiene que terminarlo de una vez.

—Ya lo sé, por eso te digo que falta poco.

—Anda, vete al salón... Y cuando termine el número, vuelves aquí...

—No puedo ir al salón, tú lo sabes... Se me anudan las tripas cuando te veo bailar en el escenario. Sobre todo, cuando oigo decir las barbaridades que dicen de ti... Haré lo de siempre. Me iré a beber un *whisky* en el local de al lado. Date prisa en interpretar los dos numeritos. Volveré dentro de media hora...

—Sí, Ty...

Damon la besó en los labios y salió del camerino.

Cuando la joven quedó a solas, lanzó un suspiro.

Le gustaba Ty, era un sol de hombre, pero le gustaría mucho más si tuviese una buena bolsa. Demonios, ella había rechazado a tipos de mucho dinero, que estaban dispuestos a ponerle una casa, comprarle un coche y muchos vestidos. Pero no pudo aceptar porque eran viejos, o panzudos, o calvos, o ya habían empezado con la gota. Pero Ty era distinto a todos. Tan buen mozo, tan guapo, tan fuerte...

Se tuvo que maquillar otra vez la boca, porque Ty había arruinado su trabajo con aquel beso.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Entró su empresario, Bob Hillman.

—Acabo de ver al niño.

—No deberías llamarlo así —contestó Maribel.

—Me gustaría saber qué es lo que encuentras en él.

—Algo que no tienes tú.

Bob Hillman se miró al espejo.

Estaba por los cuarenta y cinco años, y era dos dedos más bajo que Maribel, y sobre todo, era muy feo.

Esos defectos pretendía cubrirlos a fuerza de oro y brillantes. El oro lo llevaba en la dentadura y los brillantes en los anillos de su mano derecha, tres, por cuya adquisición había gastado ocho mil dólares.

En cierta ocasión, una muchacha que tenía en su casa para todo servicio, trató de quitarle los anillos mientras dormía, y como no pudo, la muy bruta intentó cortarle los dedos con un cuchillo.

Pero al primer corte, Hillman despertó, y estuvo a punto de ahogar a la chica de confianza.

Maribel lo había vuelto loco. Era una mujer como ninguna. Y eso que él entendía de mujeres, porque por su salón habían pasado a centenares.

Ninguna se podía comparar a Maribel en belleza, seducción...

Maribel fue a pasar por su lado y él la detuvo tomándola por el brazo.

—Es mi número, Bob.

—Quería hablar en serio contigo.

—No te preocupes. Sé que termina mi contrato la semana que viene, pero lo renovaré una semana más.

—No se trata de tu contrato.

—¿Qué es, entonces?

—Se trata de ti y de mí.

—No hay nada que decir respecto a eso. Tú eres mi empresario y yo soy tu bailarina.

—Quiero que exista algo más.

—Bob, ya te dije que sería mejor que lo olvidaras.

—No puedo olvidarlo.

—Inténtalo, Bob, y ya verás cómo lo consigues.

Hillman apretó más el brazo de la joven.

—Cuidado, Bob, me haces daño.

—No te preocupes. No hace falta que salgas ahora.

—Es ya la hora.

—Le dije a Norma que hiciese otro número. De modo que tenemos unos minutos.

—Luego, Bob.

—No... Ya no puedo esperar más.

—Está bien. Habla...

Hillman soltó el brazo de la joven. Sonrió. Sus dientes de oro brillaron intensamente.

—Deberías saber quién es un hombre y quién no lo es.

—Y tú lo eres...

—Desde luego. Salí de la nada, me hice a mí mismo... Empecé cargando bultos en los muelles de San Luis... Gané dinero de contrabandista de *whisky*, cuando el ejército prohibió venderlo a los indios... Hice una buena bolsa y busqué un lugar donde establecerme.

—Y sólo se te ocurrió venir a este lugar, a Lakeville.

—Llegué por casualidad, de paso para Texas. Quise divertirme y no encontré ningún local... Me di cuenta de que por aquí circulaba un río de gente... De Jacksonville, de Georgia, de Carolina del Sur... Fue entonces cuando pensé que con un salón bien surtido de mujeres podría ganar dinero mejor que en cualquier ciudad de Texas o en la misma California... Ya ves que no me he equivocado... Hoy tengo dinero para comprar todo Lakeville.

—Enhorabuena...

—Te estoy ofreciendo mi fortuna, Maribel...

—¿Pero qué ideas se te ocurren? Estás casado, tienes dos hijos... ¿O es que quieres decir que te vas a divorciar de tu mujer?

—No, querida, no haré tal cosa. Mis hijos son importantes y necesitan a su madre... Y por eso la conservaré a mi lado. Ella seguirá siendo la señora Hillman...

—Ya entiendo. Yo seré tu amiguita...

—Llámalo como quieras, pero tendrás todo lo que has deseado.

Maribel dio un suspiro. Ya había salido otra vez. Ahora Bob le hablaba de la casa, del carruaje, de los vestidos...

—Bob, ahórrate seguir. La respuesta es no.

—¿Por qué?

—Porque quiero casarme.

—No, ésa no es la verdadera razón... Es el niño.

—Déjalo en paz, ¿quieres?

—Ese estúpido te ha sorbido el seso y no te das cuenta de que él no vale ni los zapatos que lleva puestos. Es un parásito... He conocido a muchos tipos como él y puedo opinar... Esos fulanos

sólo saben vivir de una forma: a costa de las mujeres.

—Guarda para ti tu experiencia, Bob.

—Sólo quería darte un consejo de amigo.

—Yo no te lo pedí, ni lo necesito.

—De modo que te quedas con él...

—Sí, Bob...

—Me das lástima... No sabes elegir... Pero quizá cambies de opinión dentro de muy poco...

—No cambiaré.

—Ya veremos —dijo Bob, enigmáticamente, y salió del camerino.

Maribel se quedó pensativa unos instantes. No le había gustado el tono con que Hillman había pronunciado sus últimas palabras.

Sintió un escalofrío por la espalda, y quiso convencerse de que eso era debido a la poca ropa con que interpretaba el número «Qué calor tengo, caballeros».

* * *

Don Madox entró en el salón donde trabajaba Maribel.

El público parecía haberse vuelto loco.

En el escenario, una joven trataba de hacerse oír.

Un hombre gritó al lado de Don Madox:

—¡Lárgate, Norma, y deja tu sitio a Maribel!

Se oían otras voces.

—¡Fuera! ¡Esto es una estafa! ¡Que salga Maribel!

La pobre muchacha que evolucionaba en el escenario, harta de oír denuestos, terminó su interpretación y levantó la mano en un gesto muy feo. Eso provocó grandes aplausos y risotadas.

En seguida apareció Maribel.

En el salón se produjo una tempestad de aplausos.

Dos gigantones se pusieron en primera línea, uno a cada lado, y en seguida trabajaron.

Un borracho trató de subir a las tablas, pero el guardaespaldas más cercano lo cazó con un directo a la mandíbula. Y de esa manera hábil, el tipo fue reducido al silencio.

Maribel se puso a cantar.

Madox llegó a la conclusión de que la cubana era una estupenda mujer y una mediocre artista.

Pero el color de su piel, sus ojazos y sobre todo su manera de bailar, era bastante para que los hombres allí reunidos se sintiesen regresados a la edad de piedra.

Y había alguno que se sentía caníbal, un tipo fuertote que lanzó hacia el escenario el grito de «Me la como...».

Fue frenado por uno de los guardaespaldas. Pero el tipo demostró que no era manco, porque el vigilante de Maribel fue despedido por el aire, cuando el antropófago le soltó un trallazo con la derecha.

El otro guardaespaldas corrió hacia el revoltoso esgrimiendo un trozo de tubería. Sonó un chasquido y el caníbal, que ya estaba a punto de saltar donde estaba Maribel, cayó en redondo al suelo.

Dos mozos que se ocupaban de servir las bebidas atraparón al mozarrón y se lo llevaron a paso de carga hacia la calle.

Hubo otros intentos de atrapar a la cubana, que fueron rápida y eficazmente cortados por los dos matones que el empresario Bob Hillman había contratado para el servicio de emergencias.

Maribel terminó su número entre las ovaciones de la clientela.

En seguida interpretó el segundo, que obtuvo una acogida tan calurosa como el anterior. El público quería más, pero Maribel, tras saludar sonriente, mostrando de paso una perfecta dentadura, se retiró a su camerino.

Madox se abrió paso por entre las mesas hacia la pequeña puerta que había descubierto a la derecha del mostrador.

Allí estaban ahora los dos matones, lo cual quería decir que guardaban el acceso a los dominios de Maribel.

Un tropel de hombres que se habían aprestado a llegar hasta la cubana, eran detenidos por la fuerza bruta. Un par de tipos rodaron por el suelo al recibir serios golpes asestados por los matones con ayuda de sus porras.

El resto se disgregó ante la violencia con que eran acogidos sus deseos de ver a solas a la cubana.

El campo quedó libre para Don Madox.

Los dos matones, el menor de los cuales medía un metro noventa, lo miraron con el ceño fruncido.

—Lárguese, hermano.

—Soy Don Madox. El señor Hillman me citó para hablar de un negocio. No tengo mucho tiempo para dedicarle y él puso mucho

interés en llegar a un acuerdo sobre la «Gioconda», una italiana que trabaja para mí en uno de mis siete salones de San Francisco.

Los dos guardaespaldas se miraron y el más alto, que debía medir dos metros, sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, puede pasar. Al final del pasillo se encuentra el despacho del señor Hillman.

—Gracias, muchachos.

Don cruzó el corredor, pero no llegó hasta el final. Se detuvo un poco antes en la puerta donde leyó el nombre de la cubana.

Dio unos golpecitos y entró sin esperar a que le autorizasen.

La hermosa Maribel estaba detrás del biombo.

—Hola —dijo Madox.

Maribel dejó ver su bonita cara por encima del biombo y enarcó las cejas porque era la primera vez que veía a su visitante. Éste sonrió diciendo:

—¿Todavía le queda algo por quitarse?

—La piel.

—Yo no lo haría, es muy mona...

—¿Cómo ha podido llegar hasta aquí?

—Echando mano de un truco.

—Debe de ser muy original... Según mis cálculos tengo nueve hermanos, dieciocho primos... Pero lo que ahora más abunda en mi familia son los tíos. Hasta ahora debo de tener unos ciento sesenta... ¿Qué es lo que dijo usted?

—Que quería hablar con el señor Hillman de negocios.

La joven agrandó los ojos.

—Eso a nadie se le ocurrió. Nombrar a Hillman en vez de nombrarme a mí.

—Lo cual demuestra que las cosas más sencillas son las que más rinden... Tengo un amigo en Balaclava City que se hizo rico haciendo taponés. Pero eso se le ocurrió a los sesenta años y antes trató de inventar las máquinas más complicadas y se arruinó no menos de doce veces...

—Usted es un tipo simpático —sonrió la joven.

—Gracias.

—Pero la plaza está ocupada.

—Sé a lo que se refiere. Usted está por los huesos de Ty Damon.

—Por los huesos y por lo otro...

—¿Cuál es su idea respecto a Ty?

—Ty y yo nos vamos a casar...

—¿Cuándo?

—Muy pronto...

—Ya comprendo. Cuando Lee Graves muera... Entonces el hueco de Ty habrá atrapado un buen pellizco, su parte en la herencia...

—¿Qué tiene eso de particular?

—Mucho, Maribel, si tenemos en cuenta que Lee Graves goza de buena salud... Si ustedes se van a casar cuando Lee Graves se muera, me parece que van a ser muy viejecitos... A no ser que a Ty se le haya ocurrido acabar con su tío en más breve plazo.

La joven salió de detrás del biombo cubriéndose con una bata tan fina que marcaba con nitidez sus espléndidas formas.

Mientras anudaba el cinturón no dejaba de mirar la cara de Don.

—¿Qué es lo que quiere, señor Madox?

—Se lo diré sin rodeos... Busco al asesino de Ed *Full*, y de paso, quiero quitar de la cabeza de quien sea la muerte de Lee Graves.

—Ty me habló de que su tío ha estado a punto de morir tres veces.

—Ya entiendo, le confesó sus fracasos.

—No, amigo... Ty no tuvo nada que ver con todo eso.

—¿Qué va a decir usted?

—Créame, Ty no es un asesino.

—Oiga, Maribel, está en su mano el conseguir que la crea...

—¿De qué forma...?

—Lárguese con Ty de Lakeville... Él continuará siendo heredero de Lee Graves... Dentro de unos años el tío morirá y sólo entonces Ty tendrá derecho a la parte que le corresponde de la herencia.

—Parece muy simple. Usted cree que bastará con que yo hable con Ty para convencerlo.

—Estoy seguro de que si usted pone interés en sus argumentos, Ty la seguirá... Por ejemplo, le puede decir que si no se marcha con usted, se irá sola. Ty no la dejará. Está demasiado enamorado de usted.

—¿Se lo dijo él?

—No, pero es fácil saber cuándo un hombre está enamorado.

De pronto se abrió la puerta del camerino.

Ty apareció en el hueco. Su rostro estaba muy pálido.

—Hola, Ty —dijo Maribel—. Ya conoces al señor Madox... Vino a hablarme de nuestro futuro...

Ty soltó un gruñido por entre los dientes. Entró en el camerino dando un traspié y de pronto se desplomó.

Fue tan rápido que Madox no tuvo tiempo de sostenerlo.

Maribel lanzó un grito.

La espalda de Ty estaba manchada de sangre.

Don se agachó sobre Ty y le puso la mano en el pecho.

Alzó la cara y vio a Maribel, que estaba asustada, con los ojos desorbitados.

—¿Está desmayado?

—No, Maribel.

La joven tragó saliva.

—¿Muerto?

—Sí...

La joven buscó el apoyo del tocador, porque sus piernas se doblaban.

CAPÍTULO X

Madox continuó examinando el cuerpo de Doman.

—Le pegaron tres cuchilladas —dijo—. Dos en la espalda y una en el costado.

—Ha sido Bob Hillman —exclamó Maribel.

—¿Por qué había de matarlo Bob Hillman?

—Mi empresario quería que plantase a Ty y que le aceptase a él...

La joven se cubrió la cara con las manos y sollozó.

En aquel momento se oyeron pasos y Bob Hillman apareció en el hueco de la puerta.

—¿Qué pasa aquí? Ya entiendo, Ty se emborrachó.

Don Madox se puso en pie.

—¿Es usted Bob Hillman?

—Sí...

—Mi nombre es Don Madox, y este hombre no está borracho, sino muerto. Lo han matado...

—¿Qué...?

Maribel se levantó de un salto de la silla.

Su cara denotaba gran furia.

—¡Tú lo mataste, Hillman! ¡Ahora comprendo lo que significaban tus amenazas de hace un rato! No quise unirme a ti y entonces se te ocurrió apartar el obstáculo que se interponía entre nosotros...

—No sé de qué me estás hablando, Maribel... Estuve todo el rato en mi despacho, esperando que acabase tu número... Lo he estado pensando y venía a decirte que estoy conforme en divorciarme de mi mujer y que estoy dispuesto a que seas la señora Hillman...

—¡Eres un embustero! ¡Si no le mataste tú, encargaste a otros

que lo hicieran! Tú tienes dinero bastante para comprar a los asesinos que te hagan falta.

Bob se pasó la mano por la frente.

—No, Maribel... Te juro que yo no contraté a nadie para que matara a Ty... Admito que antes de decidir mi divorcio había pensado contratar a varios hombres para que le golpearan, para que lo tuvieran apartado de tu lado durante varios días... Pero luego pensé que eso no serviría para nada y que el camino más recto era éste... Divorciarme de mi mujer que era lo que tú querías...

—Yo no quiero nada, ¿me oyes? No me casaría contigo aunque fueras el último hombre sobre la tierra...

—Hillman —dijo Don—, será mejor que avise al *sheriff*. —Luego se dirigió a la joven—. ¿Sabe dónde estuvo Ty?

—Antes de empezar mi número me dijo que se iba a un salón cercano, al Saratoga, a beber un *whisky*.

—Lo siento —dijo Madox, y salió del camerino.

Fue por el fondo del corredor hacia la parte trasera del local, que daba a un callejón.

Junto a la pequeña puerta había un anciano sentado en una silla que leía el diario.

—Abuelo, ¿vio llegar a Ty Damon hace un rato?

—Claro. Fue tan sólo hace unos minutos...

—¿Vio en él algo especial?

—Parecía borracho, se tambaleaba...

Madox miró al suelo y vio unas gotas de sangre.

El viejo miró al suelo y se quedó con la boca abierta.

—Demonios, parece sangre...

—Es sangre, abuelo...

—No lo vi hasta ahora... La verdad es que estaba distraído leyendo el diario... Oiga, ¿tiene eso algo que ver con Ty Damon?

—Seguro, abuelo... Cuando Ty Damon pasó por su lado, iba herido de muerte.

Don dejó al empleado con la boca abierta y salió al callejón.

Estaba muy oscuro. Echó a andar junto a la pared. Vio brillar algo en el suelo. Era sangre, un pequeño charco. Luego retrocedió hacia la puerta y vio algunas gotas.

Regresó de nuevo a donde estaba el charco. Estaba claro. Allí era donde Ty Damon había sido sorprendido por su asesino.

Se quedó pensativo. No hacía falta que siguiese adelante.

Tal como estaban las cosas, sería muy difícil encontrar al que había acuchillado a Ty Damon.

Se encaminó al almacén.

Eve Lindom estaba al lado de su carro.

—Ya me iba a marchar —explicó la joven.

—Todavía faltan unos minutos para la hora.

—Pensé que estaría muy distraído con Maribel.

—Sí, mucho. Asesinaron al hombre del que ella estaba enamorada... A Ty Damon...

Eve hizo un gesto de asombro.

—¡Es el segundo sobrino de Lee Graves que muere en pocas horas...!

—Sí, Eve, y si no me doy mucha prisa no quedará uno de la familia para contarlos...

Ató las bridas de su caballo en la parte posterior del carro, y se sentó en el pescante junto a Eve. En seguida emprendieron el camino.

Guardaron silencio hasta hallarse lejos del pueblo.

Entonces Don le explicó a Eve las circunstancias en que Ty Damon había sido muerto.

—Tú conoces bien a la familia, Eve. ¿De quién sospecharías?

—Sólo quedan dos personas para ocupar el puesto de asesino. Los dos sobrinos William Cooper y Max Madison.

—¿Por cuál te inclinas?

—No lo sé... Conozco bien a los dos. Son egoístas y poco escrupulosos, pero nunca me atrevería a acusarlos de mancharse las manos con la sangre de sus primos... Es horrible.

—Sí, Eve, pero la gente es capaz de matar si con ello consigue beneficio, y en este caso hay un buen asado al horno.

—Don —dijo ella—, ¿por qué no le dices a Lee Graves que tú no tienes nada que ver con su lío de familia?

—No se trata del dinero que me ha ofrecido para descubrir al asesino ni por protegerlo a él... Este asunto me ha logrado interesar... Creo que no lo abandonaré ni aunque Lee Graves me dijese ahora que me estuviese quieto.

—Pero eso puede ser peligroso para ti...

—No lo dudo que lo será.

Como respuesta a sus palabras, se oyó un estampido.

Una bala pasó por encima de sus cabezas.

—¡Salta, Eve! —gritó Don, tirando de las bridas de los caballos.

La joven saltó del pescante cuando se oyó otro estampido.

Don lanzó una maldición porque esta vez el proyectil le hizo aire en la oreja.

Saltó del pescante por el mismo lugar que lo había hecho Eve.

La joven estaba de rodillas.

—¿Qué hace ahí, Eve?

Se tiró al suelo y tomó a la muchacha del brazo.

Los dos rodaron por la hierba y al fin se detuvieron en una pequeña hondonada.

Quedaron muy juntos. Don rozando con sus labios la cara de ella.

—¿Cuántos son, Don?

—No lo sé... Pero está claro que quieren liquidarnos antes de que llegue al rancho de Graves.

—Ya te lo dije, Don. Este trabajo es peligroso.

Se oyó otro disparo y la bala se incrustó en lo alto de la hondonada.

Permanecieron así un rato.

Don Madox abarcaba a Eve por la cintura. Sintió una extraña sensación. No le había ocurrido nunca ante la proximidad de un cuerpo femenino.

Eve ladeó la cara y lo miró con sus grandes ojos.

—Quizá sean más de uno y estén ahí toda la noche...

—No estaría mal... Casi estoy a punto de desearlo.

—¿Por qué?

—Así estaríamos juntos... como ahora.

—También me gustaría a mí.

Madox la besó en los labios y luego, apartándose de ella, dijo:

—Será mejor que tratemos de salvar la piel.

—¡No vayas, Don!

—Quédate en el agujero. Yo daré la vuelta para sorprenderlos por la espalda.

—Te pueden descubrir...

—Está muy oscuro... No creo que lo consigan, pero si me pasa algo, echa a correr hacia la cabaña de tu tío, sin preocuparte del

carro... Conoces estos parajes y no te será difícil burlarlos.

—Podemos escapar los dos...

—No, nena... Quiero ver la cara de ese fulano.

Antes de que Eve pudiese replicar, Madox se alejó de ella reptando por el suelo.

Primero avanzó en línea recta, pero cuando se encontró a veinte yardas, comenzó a trazar un círculo.

Hacía un rato que no disparaban.

Don llegó cerca del lugar donde había localizado al agresor.

Oyó un ruido. Unas hojas se movían.

Entonces se levantó con el revólver en la mano.

—Salga de ahí, amigo...

El tipo salió, pero lo hizo disparando.

Tuvo que volverse y eso le quitó puntería.

Madox apretó también el gatillo.

El individuo lanzó un grito y cayó en el mismo lugar donde había estado escondido.

—¡Don! —gritó Eve—. ¿Estás herido?

—No, Eve... Fue él quien llevó la peor parte.

Madox se acercó al lugar donde había caído el asesino.

Estaba boca arriba. Una bala lo había atrapado por el esternón. Todavía vivía.

Don nunca había visto su cara. Estaba por los treinta y cinco años y era moreno, de nariz chata, y se cubría con una indumentaria muy gastada.

Se inclinó sobre él y le pasó una mano por la espalda para incorporarlo.

—Compañero..., ¿quién es tu patrón?

El hombre abrió los labios, pero no articuló palabra alguna. Estaba herido de muerte.

—Oye, chico —dijo Madox—. Te llevaré en seguida a un médico, pero quiero que me digas quién te ordenó que me matases... Es muy importante.

El desconocido exhaló el aire por entre los dientes y dobló la cabeza. Había muerto.

Madox dejó el cuerpo en el suelo.

Eve llegó a su lado.

—¿Te dijo algo?

—No, es un capítulo más de ese misterio... Si no te importa, llevaremos el cadáver en el carro hasta el rancho.

—Sí, Don, como tú quieras.

* * *

En la sala de estar del rancho estaban reunidos Lee Graves, sus dos sobrinos y Don Madox.

—He estado dando cobijo a un asesino —decía Graves—. Si, muchachos... Un canalla ha quitado de en medio a Ed y a Ty... Estoy dispuesto a apostar mi cabeza a que el miserable que buscamos es uno de vosotros dos.

William Cooper se levantó de un salto.

—¡No tienes derecho a acusarme, tío!

—¿Por qué no, William?

—He sido el único sobrino que se preocupó de engrandecer tu rancho...

—Eso es cierto, y quizá por eso pensaste que ya va siendo hora de que me heredes. Has tratado de matarme varias veces, y al no conseguirlo, decidiste quedarte como único heredero. Por eso mataste a tus primos, primero a Ed y luego a Ty...

—Tío, no sé cómo me contengo... A cualquier otro hombre le hubiera dado su merecido... Soy inocente de todo lo que me acusas...

Los ojos relampagueantes de Lee Graves se fijaron en Max Madison. Éste fumaba un cigarrillo tranquilamente, con las piernas cruzadas.

—Max, tú no has protestado...

—¿Por qué he de protestar, tío? Tú lo sabes todo, siempre lo has sabido...

—Déjate de sarcasmos, Max... Esto es muy serio. Suponiendo que no seas tú el culpable y que lo sea William, la próxima víctima puedes ser tú mismo.

Madison sonrió y eso era muy extraño en él, porque lo hacía muy pocas veces. De pronto hizo un movimiento rápido y sacó el revólver.

Apuntó con él a su primo William.

—Sí, tío —dijo—, ya lo sé... Yo puedo ser la próxima víctima, pero no me gusta nada verme en un ataúd. Por eso he decidido

liquidar a William, y justo lo voy a hacer ahora...

Se levantó sin borrar la sonrisa de los labios.

William se había quedado perplejo.

—Max... No estás hablando en serio...

—Claro que sí, querido primo... Completamente en serio... Te voy a desparramar los sesos...

—Cometerías un crimen...

—No, William, es en legítima defensa... Ya oíste al tío... Mataste a Ed y a Ty... Luego seguiré yo en la lista...

—¡EEEstás loco...! ¡Yo no he matado a nadie...!

—Cuéntaselo al diablo, cuando llegues al infierno.

William respiraba agitadamente. Miró a Lee Graves.

—Tío Lee... Dile que no lo haga... ¡Por lo que más quieras! ¡Díselo...!

Max Madison se echó a reír.

—No pidas auxilio, cobarde... Esto es lo que eres, un miserable miedoso. No tuviste coraje suficiente para enfrentarte con tus primos... Los mataste a traición, a cuchillazo limpio.

Madox, que había guardado silencio hasta entonces, dejó oír su voz:

—Max..., oí decir que tú eres especialista en cuchillo...

—¡Es cierto! —gritó William—. ¡Maneja muy bien el cuchillo! ¡Está claro que él ha sido el que mató a Ed y a Ty! ¡No pudo ser otro...!

—Eso no te salva, William —repuso Max—. Te serviste de eso, de mi habilidad con el cuchillo, para preparar la comedia contra mí... Pero echaste en olvido algo importante... Nuestros primos Ed y Ty no fueron muertos por alguien que les lanzase el cuchillo... Fueron apuñalados de cerca... Yo no hubiese necesitado hacer eso... Es verdad que soy habilidoso con el acero, y lo soy tanto que podría matar a cualquiera haciendo un lanzamiento desde seis o siete yardas... Pero cualquiera puede matar acuchillando a su víctima por la espalda. Fue eso lo que hiciste, William... Liquidaste de esa manera a Ed y a Ty para que yo cargase con los crímenes... Pero conmigo no harás lo mismo, y para que veas que no soy rencoroso, te voy a matar con la pistola.

—¡No, Max! —gritó William, lleno de pánico—. ¡No dispaes...!

Madox habló de nuevo:

—Si yo estuviera en su lugar, no dispararía, Madison.

—¿Por qué no?

—Se convertirá en un asesino, aunque no haya tenido que ver nada con la muerte de sus otros primos... Y eso quiere decir que tendrá que rendir cuentas a la justicia.

—¡No se meta en esto, maldita sea, Madox!

Lee Graves dio un paso hacia Madison.

—¿Quieres guardar el revólver de una vez, estúpido?

—Oh, sí, yo lo guardaré para que William me pueda matar por la espalda en el momento más inesperado... Lo siento, tío, pero no me gusta el papel de oveja que va al matadero.

—¡Te ordeno que guardes el revólver!

—¡No me mandes eso, tío, porque no lo haré! Sólo voy a aplicar la ley del Talión: ojo por ojo y diente por diente... William mató a mis dos primos y yo los voy a vengar... Sólo se trata de eso...

William comprendió que no había salvación para él, que Max se disponía a apretar el gatillo.

Sonó un estampido y Max Madison soltó el revólver como si quemase.

Se volvió rabioso hacia Madox, que era el que había hecho el disparo.

—Madox, me gustaría retorcerle el pescuezo.

—Cálmate, muchacho...

Madison echó a andar rápidamente y salió de la estancia.

William Cooper tenía la cara cubierta por el sudor. Se dejó caer en un sillón.

—Gracias, Madox —dijo—. Me ha salvado la vida.

Lee Graves entornó los ojos.

—Sí, eso es cierto... Madox te salvó pero yo me pregunto si Max no tendrá razón.

—¿Qué es lo que dices, tío?

—Sus palabras me parecieron muy razonables.

—No soy ningún criminal, tío.

—Eso es lo que no sé. Además, en este caso concreto te habrías valido de otras personas... Ya oíste a Madox; el hombre que intentó matarlo a su regreso al rancho era un desconocido... Has demostrado ser el más inteligente de mis cuatro sobrinos, y por tanto, digno de armar un plan como el que el asesino está poniendo

a la práctica.

—No sabes cuánto me duele oírte decir eso, tío Lee...

—Sí, ya veo que estás a punto de echarte a llorar.

William Cooper se levantó y dijo pesaroso:

—Si tú crees que yo soy el hombre capaz de matarte o de matar a mis primos, sería mejor que me echases de tu rancho.

—¿Y qué ibas a hacer? —sonrió Graves.

—Me buscaría la vida en otra parte. ¿Crees que no sería capaz?

Lee movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, William, te creo capaz y por eso uno de estos días puede que me anime a enviarte al infierno. Pero, naturalmente, no en la forma en que Max te quería mandar allí...

William fue a replicar, pero cerró la boca de una dentellada, y lo mismo que su primo Max, salió de la estancia.

Lee Graves quedó a solas con Don Madox.

—Ya lo ve, Madox... Estoy entre buitres... aunque la bandada ha quedado muy mermada.

—Ya sólo quedan dos —dijo Madox.

—¿Puedo pasar? —dijo una voz femenina.

—Claro que sí, Doris —respondió Graves.

La joven entró en la sala de estar y dirigió una mirada a Madox.

Lee Graves se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros.

—Tú eres lo único bueno de la familia. Por fortuna, tenía que haber una excepción.

—Señor Graves..., yo no soy Doris...

Se hizo un silencio en la estancia.

Lee frunció el entrecejo.

—¿Qué has dicho, Doris?

—Ya no hace falta que me siga llamando por ese nombre... Yo no soy su prima, sino una impostora... Fui compañera de Doris en Kansas City... Ella murió... Antes de expirar me había hablado de usted, y decidí ocupar su lugar... Sólo hice que representar un papel ante usted, señor Graves...

Lee apartó a la joven mirándola fijamente.

—¿Es eso cierto?

—Puede preguntárselo a Madox... Él me descubrió.

Lee Graves se volvió bruscamente hacia Don.

—¿Por qué no me dijo nada, Madox?

—Quizá porque deseé que ella se confesara.

Graves miró otra vez hacia la mujer.

—¿Cuál es tu nombre verdadero?

—Sandra...

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque estaba cansada de la vida que llevaba... Yo era una cualquiera.

Sandra se derrumbó en un sillón.

—Perdóneme, señor Graves... Para mí significaba mucho sustituir a Doris... Era tanto como convertirme en una mujer decente... Yo nunca fui mala por perversidad o por instinto. Fueron las circunstancias las que me empujaron a esa clase de vida...

—Sí, Sandra..., te comprendo.

—Mañana mismo me iré del rancho.

Don Madox dijo:

—Discúlpeme, pero quiero hablar con Madison. Él y yo vamos a sostener una larga conversación acerca de cuchillos...

—Sí, Don —asintió Graves—. Y quiero decirle algo respecto a su trabajo. Ahora le pagaré mil dólares si descubre al asesino.

—Está bien, señor Graves, se los aceptaré.

Don salió de la estancia.

Lee Graves le acompañó hasta la puerta y se quedó allí mirando hasta que le vio salir de la casa. Entonces cerró la puerta y se volvió hacia Sandra.

Fue la lado de ella y la rubia se puso en pie y le echó los brazos al cuello. Se besaron en la boca.

—¿Qué tal estuve, querido?

—Enorme, nena... Hiciste un papel de forma tan convincente que por un momento llegué a pensar que yo era realmente Lee Graves...

Ella se echó a reír y dijo:

—Esta vez Don Madox se lo ha tragado todo.

—Sí, Sandra, no hay duda de que Don Madox se imagina que William Cooper o Max Madison están acabando con la familia. Nunca podrá imaginar que seamos nosotros los que estamos liquidando a mis sobrinos...

—Eh, Jackson... No te sugestionas... Recuerda que tú no eres Lee Graves.

—Sí, querida, tienes razón... Es lo malo que tiene hacer bien un papel, que uno llega a creerse el personaje que representa... Yo estoy ocupando el lugar del verdadero Lee Graves. Y hay muchos momentos en que me siento Lee Graves.

CAPÍTULO XI

—No, Madox —dijo Madison—. Yo no tengo nada que ver con esas muertes, puede estar seguro. Sé por lo que ha venido detrás de mí. Le llamó la atención eso de que yo manejase el cuchillo, y precisamente mis dos primos Ed y Ty murieron apuñalados.

—¿Dónde está tu cuchillo?

—Tengo varios.

—¿Cuántos?

—Cuatro.

—¿Dónde los guardas?

—En un estuche...

—¿Quieres enseñármelos?

—Cómo no.

Madox había ido al dormitorio de Max Madison, en el piso alto de la casa.

Madison abrió un armario y de él sacó un caja. Dentro había tres cuchillos.

—Falta uno, Max —dijo Don.

—No comprendo...

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Ese cuchillo debería estar aquí.

—Sí, eso parece.

Los ojos de Max relampaguearon.

—Alguien me lo robó.

—Y no te has dado cuenta hasta ahora...

—Oiga, Madox, si yo hubiese matado a mis dos primos con el cuchillo que falta, ¿cree que no estaría en su lugar? De esa forma sería menos sospechoso.

Madox se rascó una patilla.

—Sí, eso parece razonable.

—Quíteselo de la cabeza, yo no maté a nadie... Siempre he sido así... Me conformé con la parte que me corresponde del rancho. No tengo el menor interés en incrementarla... Además, le diré otra cosa. Si uno de mis primos me diese mi parte en dinero efectivo, me largaría de Lakeville... Sé que al cabo de un tiempo me quedaría sin dinero, pero al menos viviría bien. Siempre he soñado con tener una pelirroja de esas que quitan la respiración cuando pasan por la calle. Míreme, Madox, soy delgado y narigudo. Nunca podré tener una pelirroja de esa clase, si no me la pago con dinero...

—Me estás dando una razón para que sospeche de ti, Madison. Si tu tío muere, podrías vender tu parte del rancho, tener el dinero que te hace falta para comprarte la pelirroja...

—Pero eso sería complicado —sonrió Max—. Recuerde lo que le dije antes. Soy un hombre de costumbres sencillas.

—Si te descartamos a ti, sólo queda William Cooper.

—¿Y qué me dice de Doris, la primita que encandiló a tío Lee?

—¿Qué quieres decir con que le encandiló?

—Apostaría a que Lee se enamoró de ella.

—No he notado que exista nada entre ellos.

—Eso es lo extraño de disimular.

—No te entiendo, habla claro.

—Se lo diré de una vez. Oí una vez un diálogo entre ellos. Fue pocos días antes de que usted llegara.

—Es feo escuchar tras las puertas.

—No, yo no estaba tras una puerta. Tío Lee y Doris estaban en la terraza y yo me acerqué por la parte de abajo. Le juro que no fue intencionadamente, no sabía siquiera que estaban allí... Póngase abajo de la terraza y comprobará cómo no se puede ver a las personas que están arriba.

—¿Qué es lo que escuchaste?

—Mi tío le estaba diciendo a Doris que la quería.

—¿Y qué contestó Doris?

—Que debía de tener un poco de paciencia.

—¿Por qué?

—No lo dijo.

—¿Qué más oíste?

—Se metieron en la casa, y aunque siguieron hablando, ya no

pude distinguir lo que decían.

—No me gustaría que me engañases.

—No le engaño, Madox.

—Tu tío es el dueño del rancho. Él goza de buena salud y es dueño de sus actos. Quiere decir que puede enamorarse, y en este caso concreto, no veo nada extraño en que lo hiciese de su prima... Hay muchos primos que se casan.

Madox se quedó pensativo. Quizá Sandra le había pedido a Lee Graves que no dijese nada porque tenía miedo de Mike Leigh. En tal caso, eso quería decir que Lee Graves estaba informado de que Doris era Sandra... ¿O no lo estaría?

—Hay muchas cosas raras para lo que uno no encuentra explicación —dijo Madison como si hablara consigo mismo.

—¿A qué cosas raras se refiere, Madison? —preguntó Madox.

—Mi tío cambió mucho en las últimas semanas. Desde que regresó de su viaje a Jacksonville.

—¿Qué cambios fueron éstos?

—No tiene el mismo carácter de antes. Debió de haber conocido a mi tío. Era un hombre huraño.

—También lo es el Lee Graves que yo he conocido.

—No de la misma manera que era antes de su viaje a Jacksonville. Cuando regresó, dio la impresión de que odiaba a todos los sobrinos. Con anterioridad nos trataba paternalmente, perdonando nuestros grandes y pequeños defectos.

—¿A qué fue a Jacksonville?

—Recibió una carta de una compañía de maquinaria. Mi tío quería comprar una aserradora... En las zonas de los pantanos no se puede llenar el terreno sino a un precio muy alto y pagando altos jornales a los obreros. Mi tío decía siempre que con las máquinas se adelantaría mucho. Una vez leyó en el diario que se había inventado una máquina que abatía los árboles y ella misma los recogía... También quería comprar una aplanadora; ya sabe, una de esas máquinas que van rellenando los agujeros. Tío Lee pensaba que, de esa forma, podría convertir muchas zonas pantanosas en terreno cultivable.

—¿Hizo el viaje solo?

—Nosotros quisimos acompañarlo, pero él nos lo prohibió.

—¿Cuánto tiempo invirtió en el viaje?

—Tres semanas.

—¿Qué otros cambios notaste en él a partir de su llegada?

—Uno muy curioso. Perdió su afición al ron. Ahora prefiere el *whisky*... Parece imposible que un hombre pueda aceptar una bebida que antes no podía ni olería... Es lo que le pasaba a tío Lee con el *whisky*.

* * *

Lee Graves estaba besando a Sandra cuando oyó que alguien aplaudía.

Se apartó bruscamente y miró hacia la terraza. Allí estaba el hombre que batía palmas.

Era Mike Leigh.

—¿Qué haces aquí, estúpido? ¿Por qué has venido?

—Estaba ovacionando la representación. Porque es el final de la comedia.

—Todavía falta para el final. Hay dos sobrinos vivos.

—Sí, Jackson. Hay dos vivos, y por mí van a continuar respirando.

—¡No me llames Jackson, idiota! Recuérdalo, soy Lee Graves para ti y para los demás...

—Está bien, señor Graves... Vine a despedirme.

—¿De qué estás hablando?

—Ya me cansé de hacer mi papel... Ese sabueso, Don Madox, está sobre mi pista y fue la estupenda de Sandra la que me lo echó encima...

—Te lo echó encima para que lo quitases de en medio.

—Eso fue lo que hice. Tratar de quitarlo de en medio. Le encargué el trabajo a Jill Dard... ¿Pero sabes lo que pasó con él?

—Lo sé, Leigh. Madox se lo cargó. ¿Pero cómo lo sabes tú si Madox trajo aquí el cadáver de Jill Dard?

—Seguí a Madox cuando salía del pueblo con la cazadora de cocodrilos.

—Qué gran tipo eres. ¿Por qué no le echaste una mano a Jill Dard?

—Estaba demasiado lejos, y cuando quise ayudar a Jill, ya todo había terminado. Descubrí el caballo de Jill y como el muchacho no contestó a mis llamadas, imaginé cuál había sido el resultado. Por

eso me largo... Madox creyó la historia que le contó Sandra y me concedió un poco de tiempo para que abandonase Lakeville...

—Tienes miedo a Madox, ¿eh?

—¿Y qué si le tengo? Ha probado ser un tipo que sabe manejar el revólver.

—Tú eres un tipo que ha demostrado cómo se maneja el cuchillo. Te cargaste a los dos sobrinos.

—No me hable de eso.

—Prometiste que te quedarías con nosotros hasta el final...

—No habría tenido inconveniente. Yo acostumbro a cumplir mi palabra... Pero usted complicó mucho las cosas. ¿Por qué infiernos tuvo que contratar a Madox?

—Habían amenazado mi vida. Escapé supuestamente tres veces a unos intentos de asesinato. Y me di cuenta de que Madox estaba muy interesado en el asunto. Ya os dije que había oído hablar de él. Es uno de esos tipos que se entrometen en todos los líos... Nunca se habría estado quieto. Por eso decidí que era mucho mejor tenerlo de nuestra parte. De todas formas pensé que, cuando nos molestase, podríamos desembarazarnos de él.

—Pues la ha hecho buena, hermano, porque desembarazarse de un tipo como Madox le va a resultar difícil.

—Yo probaré que es fácil... Pero tú vas a ser quien haga el trabajo...

—Le he dicho que no cuente conmigo...

—Tienes quinientos dólares si te cargas a Madox.

La codicia brilló en los ojos de Mike Leigh.

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Voy a traer aquí a Madox. Cuando esté de espaldas, tú entrarás y le meterás un cuchillazo entre los omoplatos.

Hubo una pausa.

—Te gusta un poco más, ¿eh, Mike? —dijo el hombre que ocupaba el puesto de Lee Graves—. Pero si lo prefieres, para que sea más seguro, puedo sujetar a Madox para que hagas el negocio con toda seguridad.

—No, señor Graves, conquelo traiga aquí basta.

—Escóndete en la terraza.

Mike Leigh sacó un cuchillo, cuya hoja limpió en la manga.

—Éste es el trabajo que voy a hacer más a gusto.

Dicho esto, desapareció en la terraza.

—Sandra, querida, ¿quieres ir a llamar a nuestro huésped? La muerte le espera y se debe acudir a una cita tan importante.

—Sí, querido primo, ahora mismo voy en su busca.

Sandra salió de la estancia y Lee Graves quedó a solas.

Sonrió pensando en que por fin iba a ultimar el asunto que inició unos meses atrás.

Fue sorprendente cuando descubrió el exacto parecido que tenía con aquel hombre que resultó llamarse Lee Graves y ser dueño de un gran rancho en Lakeville.

Desde el primer momento se dijo que podía sacar un gran partido de aquello. Se informó de la vida de Lee Graves y conoció la existencia de una prima de él, la cual había muerto en Kansas City. Era estupendo porque de esa forma Sandra podría ocupar el lugar de Doris. Sandra guardaba una foto de su niñez y tuvieron bastante para montar la comedia. Quería a Sandra cerca porque estaba enamorado de ella, pero primero tuvo que matar a Lee Graves, y el viaje a Jacksonville del rancho fue una magnífica oportunidad que él no desaprovechó.

Lo mató a tiros en los Everglades y después hundió su cuerpo en el pantano.

El gran Lee Graves había tenido la tumba que se merecía.

Pero estaban los sobrinos, los cuatro parásitos. Sabía que podía engañarlos indefinidamente. Pero no le gustaba tener a su lado a los cuatro tipos, porque el verdadero Graves había hecho testamento a favor de ellos. ¿Y si algún día a cualquier sobrinito se le ocurría quitarlo de en medio para heredar antes? Empezó a perder el sueño. Por fin dio con la solución. Acabaría con los cuatro sobrinos antes de que alguno de ellos acabase con él.

Y montó la comedia de que lo querían asesinar. Y como ayudante contrató a un antiguo conocido de Sandra, Mike Leigh. Éste fue quien disparó contra él las flechas y los proyectiles, pero no el que le vertió el veneno en la taza. Eso había sido cosa de Sandra. Aunque, naturalmente, su futura mujercita midió bien la cantidad de veneno para que no lo pudiese matar.

Fue suficiente para llevar al ánimo de todos que él era la víctima de una confabulación, antes de que Mike Leigh empezase el trabajo de limpieza.

En cuanto a Madox, estaba arrepentido de haberle escrito aquella carta pidiendo los bueyes.

Su intención fue mejorar el ganado del rancho, ya que al fin y al cabo, iba a ser suyo.

Aquel Madox era el único hombre capaz de llevarle hasta allí los diez bueyes de raza que él quería. Pero fue una falta suya imperdonable no prever que Madox se interesaría por su vida privada, porque tenía noticias de que Madox era un hombre que no se podía estar quieto jamás.

Bueno, ya estaba hecho. Dos sobrinos habían muerto, y cuando Madox se fuese al otro mundo, les tocaría el turno a William Cooper y a Max Madison.

En aquel momento se abrió la puerta.

Entró Sandra acompañada por Don Madox.

—¿Qué quiere, señor Graves? —preguntó el entrometido.

—Tengo que decirle algo, Madox. Sandra me lo ha contado todo, desde el principio al fin. Yo sé ahora algo más de usted.

—¿A qué se refiere?

—Sandra me ha dicho que Mike Leigh mató a Ed y a Ty... Y ya sabe cuál es el motivo.

—De modo que el propósito de Mike era dejar una sola heredera.

—Si, Madox. Así han ocurrido las cosas.

—¿Qué es lo que ha decidido a ese respecto?

El impostor Jackson dio unos pasos por la estancia porque Madox estaba frente a la terraza y quería que se pusiese de espaldas.

Madox, para seguir escuchándolo, tuvo que volverse, y de ese modo, quedó listo para que Mike Leigh hiciese su trabajo.

Al objeto de que Don permaneciese en la misma posición, Jackson se plantó delante de él.

—Escuche, Madox; Sandra está arrepentida.

—Muy loable por su parte.

—Pero ella es la causante de la muerte de dos personas. Está dispuesta a entregarse al *sheriff*... Quiero que la acompañe a la ciudad. Una vez allí, usted se ocupará de detener a Mike Leigh.

En aquel momento, Mike Leigh apareció por la terraza y empezó a acercarse sigilosamente a Madox.

—Está bien, señor Graves —dijo Madox—. Iré a Lakeville con Sandra. Espero que Mike Leigh continúe allí, en cuyo caso yo mismo lo entregaré al *sheriff*.

Mike levantó el brazo armado con el cuchillo para descargarlo en la espalda de Madox.

De pronto, se abrió la puerta y Eve Lindom entró en la estancia.

Dio un grito al ver al hombre que se disponía a pegar una cuchillada a Madox.

Don saltó a un lado. Mike Leigh falló el golpe. Puso tanta fuerza en su brazo que el cuchillo se hundió en el vientre del falso Lee Graves.

Madox cayó de rodillas en el suelo y desorbitó los ojos al ver lo que había hecho.

El falso Graves se tambaleó al recibir la cuchillada.

—¡Mike, maldito...! —rugió—. No era a mí a quien... — interrumpió sus palabras y se derrumbó en el diván.

Sandra gritó, acudiendo a su lado:

—¡Jackson...!

El falsario se quitó el cuchillo ensangrentado y lo tiró al suelo.

—Nunca confié en las personas torpes... Y una vez que lo he hecho, me va a costar la vida...

—¡No, Jackson...! —gimió Sandra—. ¡No quiero que mueras...!

William Cooper y Max Madison irrumpieron en la estancia precipitadamente.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó William, deteniéndose—. Tío, ¿quién te ha herido?

—Max —dijo Don—, ahora queda explicado todo... Tuviste razón al notar los cambios producidos en tu tío... No es Lee Graves...

—¿Cómo?

—Sólo se trata de alguien que lo sustituyó, aunque imagino que debe tener un gran parecido con Lee Graves.

—Pero si fue así, ¿dónde está mi tío?

—Eso nos lo explicarán ellos.

Sandra sollozaba.

—¡Oh, Jackson...! Tuve el presentimiento de que esto no acabaría bien.

—Al diablo con los presentimientos —contestó Jackson con el

rostro crispado—. Yo también presentí que iba a ser rico, que tendría todo el dinero del mundo... Y ya ves, apenas he podido disfrutar de lo que ya creía en mis manos...

* * *

Don Madox salió a la terraza, donde se encontraba Eve.

—¿Qué ha pasado, Don?

—El falso Lee Graves ha muerto. Su verdadero nombre era Red Jackson. Sandra se lo ha contado todo al *sheriff*. La historia terminó. Mike recibirá su merecido...

—¡Es terrible!

—Todo se ha podido solucionar gracias a ti.

—¡Oh, no, Don! Has sido tú...

—Apareciste en el momento oportuno, cuando Mike Leigh estaba a punto de acuchillarme, como había hecho antes con Ed y Ty... A propósito, ¿a qué viniste a la casa?

—Quería ofrecerle al señor Graves una docena de pieles de caimán, pero en realidad sólo vine para verte a ti...

Don la besó en la punta de la nariz.

—¡Oh, Don! —exclamó la joven—. Es maravilloso que te quieras casar conmigo.

—¿Eh...?

—¿No es eso lo que has querido decir con el beso en la nariz?

—Tienes una forma muy particular de interpretar los besos.

Ella lo besó en los labios.

—¿Sabes lo que quiere decir eso?

—Claro que sí —asintió Don muy serio—. Que te vendrás conmigo a Texas... Que compraremos una casa en Abilene... Que tendremos media docena de hijos y que una de las niñas tendrá tus cuatro pecas...

—Eres formidable traduciendo... Pero te faltó agregar algo, Don. Que nos llevaremos con nosotros al abuelo... No podemos dejarlo solo...

—Está bien, queda admitido en la pandilla.

Don enlazó a la joven por la cintura, la apretó contra sí y sus bocas se juntaron.

William Cooper y Max Madison salieron a la terraza.

—Madox —dijo el primero—, le daremos los mil dólares... Se

los ganó bien ganados porque en esta tierra de caimanes, logró desenmascarar al hombre que fue más astuto que un caimán.

Don Madox no le hacía caso porque continuaba besando a Eve.

FIN